11632

Un secreto de familia

Un secreto de familia

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

Esta interesante coleccion comprende hata el dia mas de 250 comedias cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil de Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas).
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronceda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia. &c. &c.

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unsecretodefamil2284ance

UN SECRETO DE FAMILIA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ACOMODADA A NUESTRO TEATRO

POR

Don Isidoro Gil.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1841.

PERSONAS.

EL CONDE ALBERTO DE SAN ESTEBAN.
DON PLÁCIDO, *tio de Malvina.*
ARTURO DE VILLANUEVA, *amigo de Alberto.*
DON IGNACIO, *americano.*
LA BARONESA DE FUENDORADA.
MALVINA DE ALVARADO, *esposa de Alberto.*
AMELIA, *amiga suya.*
UN CRIADO.

La accion pasa en S. Juan de Alfarache, en una quinta del conde de San Esteban.

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa un salon elegante. Puerta al foro; idem laterales; ventana á la derecha del público. En el mismo lado y cerca del proscenio una mesita con avios de escribir, y una bujía que se está consumiendo.

ESCENA PRIMERA.

MALVINA, *dormida.* ALBERTO.

(*Al levantarse el telon, aparece Malvina dormida en un confidente al lado de la mesa, sobre la cual habrá una carta á medio escribir. Alberto sale por la puerta del foro, y deja sobre una silla su sombrero y capa que supondrá traer mojados.*)

Alberto. (*Consigo mismo y sin ver á Malvina.*) Qué tiempo!... Cuán largas son las noches para el que sufre!... Vuelvo á disgusto despues de una ausencia de tres dias... He salido de Sevilla á caballo; el cansancio me hará gustar de algunas horas de reposo que tanto he menester... calmará la agitacion que me desvela. (*Dirígese hácia la puerta de la derecha, volviendo asi la espalda á Malvina.*) Hé aqui el cuarto de Malvina... de mi muger!... estará descansando... dormirá sin sobresalto ni pesar... ella sí, pero yo... (*Vuélvese para dirigirse hácia la habitacion de la izquierda, que se supone ser la suya, y repara en Malvina.*) Cielos!... Malvina aqui!... á estas horas!... sin acostarse!... Luego ha pasado la noche en

613078

vela?... (*Mira á la mesa.*) Estaba escribiendo... el sueño la ha vencido. Qué cuidados la inquietarán?

Malvina. (*Dormida.*) Alberto!

Alberto. Mi nombre!

Malvina. (*Idem.*) Amelia! querida Amelia!

Alberto. Amelia! Su amiga de infancia! (*Coge el papel escrito que hay en la mesa.*) A ella sin duda es á quien escribia. Veamos... pero no, respetemos sus secretos... Qué digo? Sus secretos, sus pensamientos, su dicha no me pertenecen? no es mi muger?... tengo derecho... De este modo sabré tambien si no me aborrece... (*Lee.*) «Querida Amelia: perdona si tan perezosa he andado en escribirte desde mi boda; tú misma me disculparias si estuvieses en mi lugar. Ya sabes que nunca he sido feliz. Mi padre, ausente de España desde pocos dias antes de mi nacimiento, halló la muerte apenas volvió á pisar el suelo de su patria.» (*Hablando.*) Desgraciado!... (*Continúa leyendo.*) «Mi madre le sobrevivió muy pocos dias, y me confió al morir á la directora del colegio de Loreto. No se me presentaba mas porvenir que el de pasar el resto de mis dias en aquella mansion, cuando una amiga íntima de la directora, la baronesa de Fuendorada, me pidió en casamiento para su sobrino el conde de San Esteban. Tú que le conoces, amada Amelia, y que has tenido ocasion de tratarle, adivinarás fácilmente que tuve á gran dicha llamarme esposa suya. (*Hablando.*) Pobre Malvina! (*Lee.*) «Sus atenciones, sus miradas, sus palabras no me dejaron duda de que era amada: mostró deseos de venir á este pueblo, donde posee sus mejores haciendas, y apenas salimos de la iglesia nos pusimos en camino. No bien habiamos entrado en esta casa, Alberto cambió enteramente... Triste y meditabundo desde aquel dia parece que evita el encontrarse conmigo. Si tú estuvieses aqui, Amelia mia, me aconsejarias el modo de granjearme de nuevo el cariño de Alberto, que temo haber perdido. Tu invariable amiga=Malvina de Alvarado, condesa de San Esteban.» (*Besa el papel, le echa sobre la mesa, y se deja caer de rodillas delante de Malvina.*) Ah! me ama!... su amor hubiera escedido al mio... ella tambien... Desdichada Malvina!

Malvina. (*Despertando.*) He oido su voz que me llamaba... es él!... aqui... á mis pies! (*Pasándose la mano por los*

ojos.) Estaré soñando todavia? Alberto!...

Alberto (*Levantándose.*) Malvina!

Malvina. (*Incorporándose y quedando sentada.*) Es él!... Vuelvo á mirar en su rostro esa espresion de ternura inefable que no me era ya dado ver mas que en mis sueños... Oh! qué feliz soy ahora!

Alberto. (*Sentándose á su lado.*) Qué oigo! Soñabas conmigo.

Malvina. Creíame aun en aquel dia en que me adornaron con vistosas galas y ricas joyas que me hubieran deslumbrado... (*Sonriéndose.*) si hubiese podido ver otra cosa que aquel á quien todo lo debia.

Alberto. Malvina!

Malvina. Sí, figurábame en sueños hallarme en el instante en que se unieron nuestros destinos, para compartir desde entonces asi la dicha como la adversidad, y decia entre mí misma: á pesar de todo, en el dia está triste, taciturno, y no quiere darme á saber sus penas... yo creia que asi le parecerian mas leves! (*Alberto hace un movimiento, coge á Malvina la mano y se la besa; en seguida la rechaza débilmente, y da muestras de estar violento.*)

Alberto. (*Aparte levantándose.*) Ah! ocultémosla mi secreto!

Malvina. (*Levantándose tambien.*) El que me ha hecho partícipe de sus bienes, de la elevada clase que ocupa en la sociedad, me niega lo que de derecho me pertenece, su confianza y cariño... Oh! qué tienes, Alberto? Habla, habla... yo te lo pido.

Alberto. (*Violentándose y con tono indiferente.*) Malvina, lo que acabas de decirme es una prueba de la bondad de tu corazon, que ya me era conocida, y de tu acendrado cariño que me es muy mas grato conocer. Pero estás engañada! no debemos dar cabida en nuestro corazon á quiméricos temores que solo sirven para turbar nuestro sosiego.

Malvina. (*Con tristeza.*) Entonces he sido yo la que te ha desagradado, Alberto... No me crees digna de tu cariño?

Alberto. Tambien en eso te engañas, Malvina. Desecha esas ideas, procura no dar pábulo á tu carácter melancólico, cultiva la amistad de tus compañeras de infancia... la

señora de Mendoza... (*Malvina habrá retrocedido al notar el tono frio que ha tomado Alberto, y sigue retirándose y escuchándole con asombro conforme él continúa hablando: al oir el nombre de la señora de Mendoza, se acerca de nuevo.*)

Malvina. Amelia?

Alberto. Me preguntó ayer por tí, y me prometió venir hoy mismo á verte.

Malvina. (*Llena de gozo.*) Qué alegria!

Alberto. Tambien espero á otros varios amigos.

Malvina. (*Con tristeza.*) Con que tendremos todo el dia gente en casa?

Alberto. (*Sonriéndose.*) Como la tia se fastidiaba de nuestra soledad...

Malvina. Y no hace mas que seis dias que está aqui!... Es verdad que la pobre señora no está enamorada... Por mi parte hubiera preferido estar sola... de ese modo hubiera podido pensar en tí con toda libertad!

Alberto. Pues bien, ahora pensarás en cuál de los adornos que te he traido de Sevilla te has de poner para recibir á nuestros amigos.

Malvina. Si pienso en ello será para esforzarme á parecerte bonita... No debo parecértelo mucho hoy!... he pasado casi toda la noche en vela.

Alberto. Y por qué has hecho eso?

Malvina. Te ausentaste sin decirme nada. No sabia ni adonde habias ido, ni cuando volverias... ayer sorprendí á tu ayuda de cámara, que mejor instruido de tus asuntos que tu propia muger, estaba arreglando tu cuarto, y disponiéndolo todo como para tu llegada: entonces determiné pasar la noche en esta sala que tenias que atravesar para entrar en tu habitacion... quise ser la primera que te viese y te pudiese decir: buenos dias, amado Alberto! Firme en mi propósito leí un rato, y me puse á escribir á Amelia... el sueño me venció por último, pero muy tarde.... hacia muchas horas que aguardaba, y habia acabado por perder las esperanzas y llorar.

Alberto. (*Con cariño.*) Malvina mia!

Malvina. Alberto! (*Este hace un movimiento para acercarse á ella; Malvina se arroja en sus brazos.*)

Alberto. (*Separándola de sí y violentándose.*) Merecias

que me enfadase por esponer asi tu salud... Es preciso ser razonable... Estás pálida, abatida... Vé á recogerte un momento.

Malvina. (*Mirándole otra vez con asombro, y retirándose.*) Me apartas de tu lado?

Alberto. Debo exigirlo... por tí misma, que necesitas descansar un poco antes que venga gente.

Malvina. Si me lo mandas...

Alberto. Te lo suplico.

Malvina. Pues bien, me retiro; no quiero sino lo que sea de tu agrado, Alberto. (*Encamínase hácia la puerta de la derecha, y al llegar á ella se detiene.*)

Alberto. Creo que ya ha venido alguien.

Malvina. (*Aparte.*) Todavia está quejoso conmigo... Oh! él acabará por perdonarme... pero el qué? lo ignoro... Sin embargo, es incapaz de estar enojado injustamente. (*Con donaire.*) Alberto, adios! Voy á descansar por complacerte, y á adornarme... para tí. (*Vase.*)

Alberto. Qué hermosa es!

Arturo de Villanueva. (*Dentro.*) Bien hombre... pasa recado.

Alberto. Esta voz no me es desconocida.

Un criado. El señor don Arturo de Villanueva me manda que pase recado.

Alberto. Me engañé; no conozco á nadie de ese nombre; que entre. (*Vase el criado, llevándose la luz que habrá apagado de antemano.*)

ESCENA II.

ALBERTO. ARTURO DE VILLANUEVA.

Villanueva. Soy yo... No me aguardabas, no es verdad, Alberto?

Alberto. (*Sorprendido.*) Qué veo! Es Ca...

Villanueva. (*Riendo.*) Macho. Ibas á decir Camacho... Detente, amigo mio, y no pronuncies ese nombre que te prohibo repetir desde hoy en adelante.

Alberto. Cómo?

Villanueva. Mírame, y dime si con este talle y este trage puede uno oirse llamar á sangre fria con el nombre mal sonante de Geromo Camacho.

Alberto. (*Riéndose.*) Pero si nombre y apellido...

Villanueva. Son los que me puso mi padre, verdad es... y los únicos disparates que cometió el buen señor, hombre de bien á carta cabal y modelo de los padres.... como que me ha dejado cerca de un millon de reales que hizo... me atreveré á decírtelo?... Oh! á tí bien puedo, porque creo que lo sabes... que hizo vendiendo elásticas y medias de lana. Doy gracias á Dios que el género humano cuide tanto de abrigarse las piernas, porque merced á eso soy rico, elegante, muchacho á la moda, y puedo llamarme Arturo de Villanueva.

Alberto. (*Riendo.*) Ah!

Villanueva. He venido á verte en cuanto he sabido donde te hallabas, porque tengo buena memoria, y me acuerdo que en el colegio me profesabas una sincera amistad, sin cuidarte de que tu padre fuese conde y poderoso, y el mio pobre y comerciante; sin mirarme por cima del hombro, porque tú te llamases Alberto de San Esteban y yo Geromo Camacho.

Alberto. Tampoco yo he echado en olvido á mis amigos de infancia.

Villanueva. Ascendí de segundon á hijo único, y mi pobre padre ha bajado al sepulcro llevándose consigo el apellido de Camacho: no olvides este punto esencialísimo, Alberto... ya se acabó para siempre lo de mediero y lo de Geromo... tienes delante de tí al jóven Arturo de Villanueva, que ha tomado este nombre de una magnífica hacienda comprada de balde de bienes nacionales, y que se encuentra ademas con la dicha de poseer cincuenta mil reales de renta, dos cortijos en Córdoba, casa amueblada en Sevilla, un par de caballos de sangre, amores en el teatro, y si Alberto es siempre el mismo, un amigo en la nobleza. (*Tiende la mano á Alberto, el cual se la aprieta cordialmente.*) Qué dices de esto?

Alberto. Digo que el buen humor de... (*Sonriéndose.*)

Villanueva. De Arturo de Villanueva. Ea, dilo de una vez para irte acostumbrando.

Alberto. De Arturo de Villanueva será como siempre un gran consuelo para su amigo.

Villanueva. Segun eso sigues con tu genio melancólico... Ah! apuesto á que te has casado...

Alberto. Con efecto.

Villanueva. No lo decia... Pues yo continúo soltero... es vida mas cómoda y divertida.

Alberto. Pero cómo has averiguado que estaba aqui? cómo has venido?

Villanueva. Luego no me conociste el otro dia en el *Steeple-Chase?*... quiero decir, en la corrida de caballos.

Alberto. No creo haberte visto.

Villanueva. Verme no era facil, pero pudiste muy bien haberme oido.

Alberto. Ahora recuerdo, en efecto, que me pareció haber oido una voz que salia de una zanja.

Villanueva. Era yo.

Alberto. Calle!

Villanueva. Te contaré el caso. Tengo un caballo inglés que me suele tirar regularmente una vez por semana; pero ya me voy acostumbrando... Antes de ayer le monté y tuve el gusto de verte al mismo tiempo que caballo y caballero caíamos dentro de una zanja que debiamos haber saltado... Afortunadamente estaba llena de agua; sino nos matamos... Lástima hubiera sido, porque es un animal soberbio!... Todavia estoy que no me puedo mover.

Alberto. (*Riendo.*) Esos, amigo mio, son percances de la gente de buen tono.

Villanueva. Sí por cierto; pero á pesar de eso, los percances de esa vida los llevo con resignacion: ya conoces mi caracter, prefiero reir y divertirme con cuatro aturdidos, á renegar á solas de su atolondramiento; prefiero hacer la corte á las mugeres, á gastar el tiempo en inventar máximas morales, y divertirme en bailes y reuniones en vez de murmurar del lujo. Los que en esta época se empeñan en tomar la vida por el lado sério, se irritan por la buena suerte de los pícaros, y se desesperan por la infelicidad de las gentes honradas, acaban por pegarse un tiro, ó morirse de aburrimiento; y yo no tengo maldita la gana de imitarlos.

Alberto. (*Sonriéndose.*) En eso haces perfectamente.

Villanueva. Tú has tomado por otro camino, y eres tambien feliz... Has abandonado el bullicio y oropel de la sociedad en que yo vivo, por la felicidad doméstica... has elegido por compañera á una joven virtuosa y bella, de quien estabas enamorado, y que te amaba... Vamos, cuéntame

que tal has pasado este mes de vida matrimonial...

Alberto. (*Algo cortado.*) Yo... como todo el mundo...

Villanueva. Conozco tu alma apasionada y ardiente, nacida para amar, y creo tambien que nadie mejor que tú pueda inspirar esa pasion.

Alberto. Te burlas?

Villanueva. No me burlo, Alberto; respeto tu caracter grave, tu severidad para contigo mismo, la austeridad de tu modo de pensar, asi como todo lo bello y sublime; no es culpa mia si encuentro pocas cosas que respetar. Háblame, pues, sin temor de cuanto te concierne; á pesar de mi genio superficial, sé compartir las penas con mis amigos.

Alberto. (*Triste y algo turbado.*) Gracias... nada tengo que decirte (*Arturo hace un movimiento.*) que ya no sepas... ademas... creo que viene gente. (*Se dirije hácia el foro.*)

Villanueva. (*Aparte en el proscenio.*) A no dudarlo tiene alguna cosa que le mortifica; pero no quiero insistir mas; despues lo averiguaré. (*A Alberto que vuelve.*) Voy á decirte uno de los motivos que me traen á tu casa, porque no ha sido solo... He recibido una carta de tu tia la baronesa de Fuendorada, convidándome á pasar aqui algunos dias.

Alberto. La conoces?

Villanueva. Merced á mi nombre postizo, y á la celebridad que mis aventuras me han valido.

Alberto. (*Sonriéndose.*) Ya sabes que es apasionada á las cosas raras.

Villanueva. Oh! la debo muchos favores.

Alberto. En gracia de su buen corazon se la pueden perdonar sus...

Villanueva. Estravagancias... yo puedo calificarlas asi por que no soy su sobrino: es una muger capaz de andar cien leguas á pie por ver la joroba de un personage célebre ó el brazo de una estatua estraido en una escavacion. Si uno va á visitarla no puede rebullirse en su casa, porque la tiene atestada de bichos raros, figuras chinescas, qué se yo?... Ahora ha discurrido mandarse hacer un album donde lleva ya reunidas veinte y cinco mil firmas autógrafas de otras tantas notabilidades que ella sola conoce.

Alberto. Si no me engaño creo que viene hácia aqui.

ESCENA III.

LA BARONESA DE FUENDORADA. VILLANUEVA. ALBERTO.

La Baronesa sale con dos pájaros disecados en una rama, un manojo de flores exóticas, una cajita de dibujo y un modelo de barco de vapor: todo lo coloca sobre la mesa.

Baronesa. Buenos dias, señor de Villanueva: me han dicho al entrar que estabais aqui, y deseaba daros las gracias por haber sido el que mas se ha apresurado en venir á animar nuestra soledad.

Villanueva. Tan de mañana y fuera de casa?

Baronesa. Desde las cuatro, amigo mio! (*Yendo á ponerse enmedio de Alberto y Villanueva.*) La generala Aguirre me ha regalado esos pájaros para mi coleccion... Hola! ya estamos de vuelta, querido Albertó?

Alberto. Sí, tia mia.

Baronesa. (*Sin escucharle ni mirarle.*) A Dios gracias... Traigo muchas cosas curiosas... En primer lugar unas flores chinescas cogidas en el jardin de la generala... despues el modelo de un barquito de vapor para navegar por el aire... es una invencion feliz!... cuarenta leguas por hora... Son muchos ingleses!... Ahora se podrá viajar por España.

Villanueva. Sí, por el aire, porque lo que es por tierra... Puede ser que el gobierno esté aguardando á que cuaje la invencion, y por eso no se dé prisa á componer los caminos.

Baronesa. Tenemos que regañar, Alberto: hace seis dias que estoy en tu casa, y tres de ellos los has pasado fuera.

Alberto. Habrá sido por imitaros, amada tia.

Baronesa. A mí? Solo he faltado dos dias que pasé en casa de madama Chably, la muger de un comandante de la legion que me habia prometido la firma autógrafa de Ab-del-Kader... ah! y medio dia que gasté en ir á las ruinas de Itálica, de donde me he traido un capitel etrusco... ah! y dos dias y medio en ir y volver á Sanlucar para ver si estaba bien copiada una vista que tengo en el album.

Villanueva. (*Sonriéndose.*) Es decir que de los seis dias...

Baronesa. No he estado fuera mas que... cinco... ah! cinco y medio, es verdad.

Alberto. Y Malvina, se ha quedado sola?

Baronesa. No ha permitido venir á acompañarme; nada la divierte... está muy tristona esa pobre muchacha!.. no hay quien me quite que tiene alguna cosa que la apesadumbra.

Villanueva. (*Aparte y examinando á Alberto.*) Ah!

Alberto. Estais equivocada.

Baronesa. No... esta mañana volvió á ocurrírseme esa idea, y por eso he venido mas pronto... porque al fin y al cabo yo soy la que ha hecho este casamiento... Soy algo casamentera, la verdad... pero deseo que los que se casan por mi mediacion sean dichosos, y no pararé hasta averiguar por qué está triste Malvina... No quiero perder tiempo, voy á llamarla y á preguntárselo aqui mismo.

Alberto. Qué locura!

Baronesa. El dia que yo llegué la conocí en los ojos que habia llorado.

Alberto. (*Algo impaciente.*) Tia, vos estais soñando; Malvina está tranquila: porque no posee vuestra actividad, habeis dado en interpretar sus inclinaciones pacíficas por tristeza.

Baronesa. Ahora mismo saldremos de la duda. (*Va á la puerta del cuarto de Malvina y llama.*) Malvina.

Villanueva. Pero señora, advertid... (*Con misterio y sonriéndose.*) Vais á preguntar á una recien casada los motivos de su tristeza?

Baronesa. (*Encogiéndose de hombros á Villanueva.*) Eh! burlon.

Alberto. Dejad á Malvina acabarse de vestir y venid á acompañarnos á almorzar, querida tia.

Baronesa. Señor sobrino, Malvina es tambien sobrina mia, no es esto? pues tengo derecho para hablarla, y si andais buscando pretestos para impedirlo, creeré que hay en ello algun misterio que no quereis que yo aclare.

Alberto. (*Muy sereno despues de haber reprimido un movimiento de impaciencia.*) No insisto mas; habladla, interrogadla cuanto querais.

Baronesa. Asi me gusta. Ea, id á almorzar, que nosotras os seguiremos dentro de poco... Malvina apenas prueba

bocado, y yo ya he almorzado dos veces... Marchad, y hasta dentro de un rato.

Villanueva. Ya lo oyes, Alberto, es preciso obedecer.

(*Saluda y se lleva á Alberto, que manifestaba deseos de quedarse. La Baronesa los acompaña hasta el foro y dice á Alberto.*)

Baronesa. Ah! Alberto, se me olvidaba decirte que D. Ignacio el americano vendrá hoy por la mañana: me ha pedido permiso para presentarme un sugeto que tiene que hablarme de un asunto importante.

ESCENA IV.

LA BARONESA. MALVINA.

Baronesa. (*Volviendo á la puerta de Malvina.*) Malvina!

Malvina. Ah! sois vos, tia mia?

Baronesa. Sí, hermosa, estamos solas y tengo que hablarte. Vamos, dilo con franqueza; has tenido alguna disputa con tu marido?

Malvina. No señora.

Baronesa. No tengas reparo en hablarme con toda claridad, porque tú seas casada y yo no haya dejado aun el estado honesto... para eso tú no tienes mas que diez y siete años, y yo he pasado ya de los treinta.... Cuéntame lo que haya.

Malvina. Nada, tia mia, al menos que yo sepa.

Baronesa. Tu marido se marchó la última vez sin decirte cuando volveria; no hace un mes, como quien dice, que estais casados, y ya se ha separado de tí varias veces con achaque de sus viages... Alberto no tiene obligacion ni compromiso alguno... adónde va?

Malvina. No me he atrevido á preguntárselo nunca.

Baronesa. Ademas de eso, yo he sabido por Jacinta.

Malvina. Mi doncella?

Baronesa. Sí, esa muchacha que te dejé y que te ha cobrado un cariño entrañable, esa me ha dicho que tu marido nunca está á tu lado.

Malvina. Yo no me he quejado de ello á nadie.

Baronesa. Qué haces siempre sola?

Malvina. Cuando él viene, soy dichosa; cuando estoy sola, pienso en él... y le aguardo.

Baronesa. En fin, hija mia, yo te he visto llorar... y Jacinta me ha asegurado que casi todo el dia le pasas asi.

Malvina. Si he llorado ha sido sin causa, sin motivo... caprichos.

Baronesa. Caprichos?... pesares sin causa?... Escucha, Malvina... esas cosas son muy buenas para decírselas á los hombres; pero entre nosotras, querida sobrina, es preciso hablar con franqueza. Las mugeres no tienen caprichos sin objeto, ni pesares sin motivo; y aun lo que parece mas inconsecuente en sus acciones, es una consecuencia de secretos que no quieren decir. Hablame sin rebozo, Malvina mia... (*La toma la mano con ademan cariñoso.*) te has casado hace poco con un hombre digno de tu amor y de tu estimacion... tú no eres ninguna loca... le amas y te veo llorosa! Te ha dado Alberto algun disgusto?

Malvina. Lejos de eso.

Baronesa. Tampoco yo lo creia; sin embargo no era cosa imposible... un marido! Pero entonces qué es lo que te atormenta... tienes por ventura celos?

Malvina. Sí... á veces sospecho que otra muger...

Baronesa. Alguna relacion antigua?

Malvina. (*De pronto.*) Oh, seria terrible!

Baronesa. Sí, todo lo terrible que tú quieras... pero como de eso se ve en el mundo.

Malvina. Oh! no lo supongais siquiera... me moriria de dolor.

Baronesa. Quita allá! no se muere una por eso, aunque ciertamente no es plato de gusto.

Malvina. (*Pensativa.*) Seria capaz de amar á otra muger!

Baronesa. No me atreveria á jurarlo... pero en fin, ello algo ha de ser; en qué consiste que ha cambiado tan pronto? antes de la boda estaba tan obsequioso, tan enamorado... desde cuando has advertido esa frialdad?

Malvina. Alberto no ha cambiado; ha sido siempre el mismo desde que nos casamos. Al dia siguiente de nuestra boda no almorzó ya en casa, y supe por los criados que habia salido muy temprano para un asunto urgente.

Baronesa. Qué es lo que escucho?... pero en fin...

Malvina. Qué?

Baronesa. Y despues...

Malvina. Despues... casi nunca ha faltado á las horas de co-

mer... es por cierto el único momento en que podemos hablar con mas confianza.

Baronesa. Delante de los criados?

Malvina. Nos quedamos solos á los postres.

Baronesa. Y por la tarde?

Malvina. Salimos á dar una vuelta por el campo, cuando Alberto está en casa... pero casi nunca pasa aqui las tardes.

Baronesa. Qué rareza! (*La toma la mano.*) Pobre niña! me da lástima... mi sobrino no tiene perdon. Pero y cuando está? Cuando volveis juntos del paseo...

Malvina. (*Sonriéndose.*) Entonces es tan tarde que cada uno nos vamos á recojer á nuestro cuarto.

Baronesa. Eh?... (*Aparte.*) Es preciso que yo averigue... (*Alto.*) Tu cuarto es este, no es verdad?

Malvina. Sí, es una habitacion preciosa... lo mejor de esta quinta, que como habeis visto es muy linda. Cuando la comparo con el colegio donde estaba destinada á pasar mi vida, no puedo menos de bendecir al que tanto ha hecho por mi. Alberto es tan bueno!

Baronesa. Tan bueno, tan bueno... pero y su cuarto dónde está?

Malvina. Al otro estremo de la quinta.

Baronesa. Pero señor...

Malvina. Qué?...

Baronesa. Escucha, hija mia; en tiempo de mis mayores los matrimonios que se llevaban bien, no tenian mas que un cuarto...

Malvina. Ah!

Baronesa. Y no se separaban nunca... y dormian... porque en fin, ó está una casada ó no lo está.

Malvina. Cómo?...

Baronesa. (*Aparte.*) Qué estoy diciendo? No faltaba mas sino que fuese yo ahora la que... una solterona...! yo que debia por el contrario decirla que es feliz, que no la falta nada; pero si tambien... Ah, sobrino! sobrino!

Malvina. Vuestro silencio le acusa; quiza vos lo sabeis todo... habrá amado á otra muger que ahora siente haber perdido. Se habrá casado conmigo en un momento de despecho... Oh Dios mio! (*Llorosa.*)

Baronesa. Es preciso que tú le hables, que te quejes, lo oyes? que te quejes, que le obligues á esplicarse...

Malvina. Quejarme...? á él?... oh! nunca! Si supiéseis... esta mañana me pareció que habia vuelto á renacer su cariño... me miraba como en otro tiempo, y yo me aventuré á decirle que echaba de menos aquellos instantes en que yo era tan feliz... pues bien, entonces se apartó de mí con frialdad y no quiso oirme.

Baronesa. Oh!... eso es increible.

Malvina. No me engaño, no, acerca de los sentimientos de Alberto respecto de mí; pero no quiero aventurarme á provocar una esplicacion que tal vez aumentaria su desvio. Si es cierto que ama á otra, el pesar me quitará la vida; pero él no verá mis lágrimas y en breve quedará libre para vivir al lado de mi favorecida rival.

Baronesa. Habráse visto mayor locura? Esto es, apresúrese usted despues á casar muchachas de diez y siete años para viciar de este modo el matrimonio... son unas chicuelas que no saben hacer valer sus derechos.

ESCENA V.

MALVINA. LA BARONESA. VILLANUEVA.

Villanueva. Me vengo al lado de las señoras, porque Alberto está de un humor insoportable.

Malvina. (*Viéndole.*) Gente aqui! (*Hace un movimiento hácia su cuarto y se enjuga las lágrimas.*)

Villanueva. (*Acercándose.*) Qué veo? habeis tenido alguna desazon, señora... vuestros ojos...

Baronesa. No, no... no es nada... un disgustillo con la modista sobre el vestido que necesita una ligera enmienda, y por eso os dejamos. Ven, sobrina. (*Vánse ambas por la puerta de la derecha del público.*)

ESCENA VI.

VILLANUEVA, *solo.*

Hola, hola! Me gusta el modo que tienen de divertirse en la quinta. Pues si es esta la dicha que les espera á todos los reciencasados!... Alberto no ha tocado al desayuno; eludia mis preguntas y parecia que estaba incómodo y desasosegado. Oh! esto no puede quedar asi! Yo soy un verdadero amigo suyo, y no he de parar hasta

averiguar su secreto para ayudarle en lo que pueda. Hácia aqui viene.... ni siquiera ha reparado que hay gente en esta sala.

ESCENA VII.

VILLANUEVA. ALBERTO.

Alberto. (*Consigo mismo en el foro.*) Esta situacion no puede durar... (*Suspira y va á sentarse á la derecha del público.*)

Villanueva. Qué hay, Alberto?

Alberto. (*Sin oirle.*) No sé qué hacer...

Villanueva. (*Yendo y cogiéndole la mano con interes.*) Alberto?...

Alberto. Ah! estabas aqui?

Villanueva. Te veo sufrir... un grave disgusto pesa sobre tu corazon. Confiamele; tal vez eso aliviará tu dolor... asi lograremos tambien entre los dos tener oculto un secreto que tú dejàs traslucir á cada instante.

Alberto. Gracias, amigo.

Villanueva. Quién no cuenta un pesar que acibare sus mas pasageras alegrias? No tengo yo siempre delante de mí el nombre de Geromo Camacho... como un espectro... y tiemblo al oirle como Damocles debajo de la espada!

Alberto. Envidio ese humor que te hace mirar todas las cosas por el lado risible.

Villanueva. Oh! ya sé que tú por el contrario las miras todas por el lado sério!... Pero, vamos claros; de qué género es tu desgracia? (*Poniéndosele delante como que adivina.*) Quieres que te diga lo que sospecho, á ver si lo he adivinado? He sorprendido llorando á tu muger, tú no pronuncias su nombre sino suspirando... ahí creo que está el mal, Alberto, en ese casamiento que acabas de hacer por amor. Ya ves que sé lo bastante de tu secreto para que no pierdas nada, y sí ganes mucho en decirme lo restante. Habla.

Alberto. (*Levantándose.*) La amistad es un bálsamo para el corazon del desgraciado.

Villanueva. Pero sin confianza no hay verdadera amistad.

Alberto. No quiero que dudes nunca de la mia.

Villanueva. Pues bien, habla; confiame tus penas.

Alberto. Ah! amigo mio, ahora comprenderás mi dolor! Ya sabes que soy hijo único del conde Leandro de san Esteban, que perdí mi madre al nacer; y que mi padre entregado á una vida disipada se cuidó poco de mi infancia. Hará unos quince años, hallándome todavia en el colegio, llegó á mis oidos que las prodigalidades de mi padre habian puesto en cuidado á nuestra familia, por el sin número de acreedores que amenazaban al propio tiempo su escaso caudal, y los bienes de mi mad re. Celebróse una junta de familia, en la cual no solamente presentó mi padre las cuentas de tutoría perfectamente en regla, sino que hizo en ella alarde de ser dueño de un considerable capital, con asombro de los que le habian acusado. Por aquella época me sacó del colegio y me envió á Francia á perfeccionar mis estudios, y desde entonces rara vez me envió noticias suyas. Una de sus últimas cartas me hablaba de enemigos obstinados en su perdicion, de causa criminal, de calumnias absurdas... Poco tiempo despues me mandó viajar, y solo de paso y por pocos dias pude verle durante mis viages. En uno de estos, hará tres años, hallándome en Lóndres, tuve la desgracia de recibir la noticia de su muerte.

Villanueva. Por esa época seria cuando yo te encontré en Madrid de vuelta de tu viaje á Inglaterra.

Alberto. Recogí una pingüe herencia que no fue bastante á consolarme ni de la pérdida de mi padre, ni de su despego hácia mí. Intenté adquirir algunas noticias sobre él y sobre sus últimos instantes. Segun lo que pude averiguar, su muerte habia sido repentina... en su hora postrera habia hablado, á lo que me dijo el médico que le asistió, de testamento, de voluntad que debia reparar una injusticia... pero solo habian podido recogerse palabras incoherentes. Un nombre que repitió sin cesar se quedó grabado sin embargo en la memoria de los que le rodeaban... era el de Malvina de Alvarado!... Segun la declaracion de todos, le pronunció siempre con desconsuelo, recomendando á su hijo la persona que asi se llamaba. Esto es lo único que he podido averiguar de aquella hora suprema, en que no teniendo ya nada que temer de la injusticia de los hombres, se piensa solo en la justicia de Dios.

Villanueva. Malvina de Alvarado?... ese es el nombre de tu muger.

Alberto. No sé si observarias cuando me viste en Madrid hace tres años, el afan con que yo pretendia ser presentado en todas partes; pues ese afan era originado por una idea que me atormentaba... la de hallar á Malvina. Despues de tres años de infructuosas pesquisas, oí una vez á mi tia pronunciar ese nombre, y poco despues conocí á la que debia ser mi esposa. El efecto que produjo en mí su vista, la sensacion que esperimenté, y mas que todo, fuerza es decirlo, (*Suspira.*) el amor que llegó á inspirarme, me hicieron creer que al ofrecerla mi mano y mis riquezas, cumplia con un deseo del cielo.

Villanueva. Era huérfana?

Alberto. Malvina no conocia ningun pariente, y mi peticion fue bien recibida; la inocente joven no tardó en corresponder al amor que me habia inspirado.

Villanueva. No veo que haya en eso por qué desconsolarse.

Alberto. Es que aun no lo sabes todo.

Villanueva. (*Con inquietud.*) Alberto, te pones pálido!...

Alberto. (*Cogiéndole la mano.*) Ah!... en las pesquisas que llevo hechas en estos tres años, me he convencido de una terrible verdad, amigo mio... Si fuese posible penetrar en el interior de las familias y saber sus secretos, nos estremeceriamos de la angustiosa situacion de muchos de los que nos rodean, y á la cual les ha conducido alguna falta que ignoramos, y que nos pareceria increible.

Villanueva. Pesa sobre tu conciencia algun secreto de esa especie?

Alberto. Ah! no sé si me atreva á declarártelo!

Villanueva. Alberto, en este momento no soy ya el joven aturdido que se burla hasta de sí mismo cuando no puede hacerlo de los demas. Soy un hombre de honor dispuesto á favorecer á un amigo desgraciado, y que espera que sus consejos le sirvan á lo menos de consuelo.

Alberto. El dia de mi casamiento, no bien habíamos salido de la iglesia, nos pusimos en camino para esta quinta que yo habia mandado disponer con el objeto de recibir á Malvina. No habia entrado en ella desde la muerte de mi padre, y miré como un deber ir á visitar la estancia donde habia exhalado el último suspiro, y en la cual nadie habia penetrado desde que él la abandonó para siempre. Una tristeza intensa se apoderó de mí al aspecto de aquel cuarto y de los objetos que contenia!... Acerquéme

al bufete sobre el cual habia un libro abierto, una carta empezada y varios cuadernos desparramados. En uno de estos ví una palabra que me llamó la atencion... era el apellido de mi muger.

Villanueva. Y aquel cuaderno...

Alberto. Le leí con avidez, y vi repetido el mismo apellido en cada página; aquel cuaderno era la defensa de un célebre abogado para justificar á mi padre en la causa seguida contra él, por la muerte que á D. Fernando de Alvarado dió en desafio, cuando este regresaba de América.

Villanueva. Si, ahora recuerdo en efecto haber oido hablar de esa muerte y de ese desafio, el cual no presenció ningun padrino.

Alberto. Y eso prolongó mas la causa, poniendo al propio tiempo en compromiso el honor de mi padre... su honor... ah! no sé en verdad si debo pronunciar esa palabra!... porque mi padre no supo salvar el suyo sino á expensas del de una desgraciada muger... la esposa de Alvarado!

Villanueva. Es verdad!... Tu padre probó que no habia podido salvar su vida sino á costa de la de su adversario, el cual solo habia vuelto á España instigado por los celos, con el objeto de vengarse de él, y lavar su afrenta con la sangre de su esposa y de un hijo que parece tuvo durante su ausencia. Asi fue, que apenas puso el pie en su patria, y antes de entrar siquiera en su casa, citó al conde en un lugar retirado donde le obligó á defenderse y matarle.

Alberto. El rey entendió en la causa y perdonó á mi padre; la esposa del infeliz Alvarado murió al principio de los procedimientos, y el hijo fue abandonado. Pero el recuerdo de aquella infeliz criatura, que no habia vuelto á ocupar un instante la memoria de mi padre durante los borrascosos dias de su vida disipada, vino á acrecentar los remordimientos que le acosaban en su hora postrera!... Cuando nombraba á Malvina, cuando me rogaba que la hiciese feliz, hablaba el corazon de un padre que conocia por último lo que nunca debió olvidar, y que suplicaba á uno de sus hijos reparase las faltas cometidas con el otro... Era una hermana, amigo mio, una hermana la que recomendaba á su hijo.

Villanueva. Alberto! (*Acercándose con interes y tomándole la mano.*)

Alberto. Sí, Malvina es mi hermana, y la amo... la amo con delirio. Hace un mes que está aqui, á mi lado; ignora este secreto y mi indiferencia la aflige... porque ella me ama tambien. En pago de su amor lleno de inocencia y candor huyo de ella y la rechazo... yo que daria mi vida porque fuese dichosa!

Villanueva. Serénate, aqui llegan todos.

ESCENA VIII.

LA BARONESA. MALVINA. AMELIA. VILLANUEVA. ALBERTO.

Malvina. Ven, Amelia, ven. (*Repara la agitacion de Alberto y se detiene.*) Alberto!...

Baronesa. Con qué hemos de ser nosotras las que hemos de venir á buscaros, señores?

Amelia. (*Viendo á Villanueva y aparte.*) Villanueva aqui!

Villanueva. Amelia!

Alberto. (*Algo conmovido todavia á Villanueva.*) La amiga intima de Malvina que tiene la bondad de venir á pasar algunos dias con nosotros.

Malvina. (*Que ha advertido el movimiento de Amelia, y que le cree motivado por la presencia de Alberto, colocado al lado de Villanueva, dice á aquella.*) Qué tienes? (*Aparte.*) Alberto se ha turbado!

Alberto. (*Aproximándose á Amelia.*) Os doy las gracias por vuestra amistosa complacencia en venir á acompañarnos.

Baronesa. Sí, y nadie se ha tomado el trabajo de salir á recibirla. Os vais haciendo demasiado á la moda, señores; sois insociales.

Malvina. (*Aparte.*) Si será Amelia á quien ame!...

Villanueva. (*A Malvina.*) Os habeis puesto pálida; estais indispuesta?

Malvina. Yo... no; Amelia es la que me parece que está turbada y violenta!..,

Baronesa. Vamos, señores; la mañana está deliciosa... vamos á dar una vuelta antes que apriete el calor.

Un criado. (*Anunciando.*) D. Ignacio y otro caballero americano.

Baronesa. Ah!... Bien está, vendrán con nosotros... Pero

qué haces ahí, querida Malvina? (*Malvina se habrá acercado á la mesa y cogido la carta á medio empezar que tenía sobre ella; pero sin dejar de tener los ojos fijos en Amelia y Alberto que finjen estar hablando con misterio. Malvina al verlo rasga la carta.*)

Malvina. Es una carta que habia empezado á escribir para una persona que creia amiga mia.... pero que me engañaba.

Baronesa. (*Yendo á ella.*) Malvina!

Malvina. (*En voz baja y señalando á Amelia.*) Mirad... á ella es á quien ama!

Baronesa. (*En voz baja.*) Estás en tí!

Malvina. (*Dirigiéndose á Villanueva y dándole la mano.*) Vamos, señores. (*Alberto ofrece la mano á Amelia.*)

Baronesa. Yo os seguiré con D. Ignacio y ese otro caballero que tengo que recibir. (*Aparte viéndolos pasar.*) Vamos cuando una ve ciertas cosas se consuela de no estar casada.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion del acto anterior. El confidente que habia al lado de la mesa, en la izquierda de la escena, habrá sido sustituido por un sillon.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA. DON PLÁCIDO. DON IGNACIO.

Baronesa. Con que es decir que no quereis acompañar á los demas á paseo, y os he de otorgar sin réplica una audiencia particular?

Ignacio. (*Con la mayor gravedad, y sin sonreirse nunca.*) Para eso solo, señora baronesa, viene de América, de las orillas del lago Ontorio, mi amigo don Plácido Camacho.

Baronesa. (*Riendo.*) Para eso? (*Sonriéndose.*)

Plácido. Sí.

Ignacio. (*Bajo á Plácido.*) Llamadla baronesa, amigo don Plácido; es baronesa, y esta gente se paga de eso. (*Alto.*) Como decia, señora baronesa, mi amigo viene del pais de la igualdad y de la libertad verdadera, de los Estados-Unidos; se estableció allí há muchos años, y en el dia es un hombre acaudalado.

Plácido. Pero no tan rico como vos, amigo don Ignacio.

Ignacio. (*Con orgullo.*) Es verdad: yo soy el comerciante mas rico de la Luisiana, y cuento mas de dos mil esclavos.

Baronesa. (*Riendo.*) Eso en el pais de la igualdad y de la

libertad verdadera! Admírome de que os hayais resuelto á dejar tan privilegiado pais.

Ignacio. (*Con mucha gravedad.*) El amor de la patria... y luego, como decian que en España tambien habia libertad... quise venir á dar una vuelta para cerciorarme...

Plácido. Entonces ya podeis marcharos... porque aqui, poco mas ó poco menos estamos siempre lo mismo.

Baronesa. Y vos, caballero, habeis vuelto á España tambien con el objeto de ver el estado de vuestra patria, ó con el de divertiros solamente?

Plácido. A divertirme yo?... qué locura!... Un asunto de mayor importancia é interés es el que me trae á mi patria y á vuestra casa, señora...

Ignacio. (*Bajo, y empujándole.*) Baronesa.

Plácido. (*Con impaciencia, y retirándose.*) Bien, hombre, señora baronesa... quién ha visto cortar á uno la palabra por semejante tonteria?

Baronesa. (*A Ignacio, sonriéndose.*) Ya se conoce que vuestro amigo viene del pais de los salvages... Tened la bondad de tomar asiento, señores. (*Siéntanse.*)

Plácido. Señora, segun he sabido, sois baronesa... (*La baronesa hace un ligero movimiento.*) Yo soy comerciante en géneros de lana, y me llamo Plácido Camacho.

Baronesa. (*Retirando su asiento.*) Ah!

Plácido. Sí, el tio Camacho, muy conocido en otro tiempo en Madrid en la calle de Postas. (*La baronesa se retira mas.*) A fuerza de trabajar y de hincar el hombro fuí prosperando en mi comercio, de modo que á los pocos años de salir de España me hice negociante; y en el dia, gracias á Dios y á mi buena suerte, soy banquero.

Baronesa. (*Acercándose un poco.*) Banquero!

Plácido. Aborrezco á la nobleza con todos mis cinco sentidos y...

Ignacio. (*Sacando el reloj é interrumpiéndole.*) Señor don Plácido, cuánto tiempo pensais hablar?

Plácido. No lo sé... no os lo puedo decir á punto fijo.

Ignacio. (*Mirando el reloj.*) Dígolo, porque ya sabeis que en los Estados-Unidos tenemos gente que habla siete horas de seguido, y aun hay algun orador que ha llegado hasta once.

Plácido. En España tenemos el genio un poco mas vivo, y

aunque durante algun tiempo hemos dado en pagarnos de palabreria, ya nos vamos desengañando.

Ignacio. Eso es diferente; voy á dar una vuelta por el jardin, y vendré despues á buscaros... disponed de mi carruage para volver á Sevilla, que yo me quedo con estos señores; no tengo nada que hacer aqui, y no quiero ser indiscreto. Señora baronesa, estoy á vuestros pies; dentro de poco os traerán de mi parte una caja con varios objetos que he apartado, para que tengais la bondad de agregarlos á vuestra coleccion de curiosidades.

Baronesa. Sois muy amable! (*D. Ignacio saluda y se retira. La baronesa le acompaña, y vuelve diciendo.*) Este don Ignacio es un escelente sugeto... millonario!

ESCENA II.

DON PLÁCIDO. LA BARONESA, *sentados.*

Baronesa. Con que decíais, caballero?...

Plácido. Decia, señora, que detesto á la nobleza; desgraciadamente tuve un hermano que no era de ese modo de pensar, y que hizo la tontuna de enamorarse de una condesa, la cual segun parece le correspondia.

Baronesa. Ah! (*Acercándose un poco mas.*) Con que la condesa le amó?

Plácido. No podia por menos; era un arrogante mozo lleno de nobleza y caballerosidad, y no era facil resistir á sus obsequios... Yo le queria tanto, que para verle dichoso le dí todo cuanto habia ganado en doce años; veinte mil duros... La parentela de su ilustre novia exigia esta cantidad para consentir en la boda.

Baronesa. (*Acercándose mas.*) Esa fue una buena accion!

Plácido. No, señora, porque las buenas acciones son si no me engaño las que labran la felicidad de alguno, y mi hermano no fue feliz!... Gracias al método de vida de su nueva familia, se encontró sin un cuarto al cabo de dos años. Yo me hallaba entonces en las Indias, é ignoraba su mala posicion. Tuvo por consiguiente que resignarse á sufrir todos los sinsabores de la pobreza en medio de una sociedad ilustre y opulenta, en la cual contaba mas de veinte amigos, que entre todos no le hubiesen pres-

tado á buen seguro veinte onzas, si hubiese ido á pedírselas.

Baronesa. Oh! qué suposicion!

Plácida. Al cabo de tiempo, y hallándome yo aun viajando, logré por fin que una de sus cartas llegase á mis manos; supe por ella que despues de tres años de privaciones, un tio de su muger habia muerto dejándoles una herencia considerable en Méjico, adonde tenia que trasladarse, y que con aquello aguardaba pasar una vida pacífica y dichosa... Despues de aquella carta no volví á tener mas noticias suyas; escribí varias veces inútilmente, y sin recibir nunca contestacion. Triste de mí! mi pobre hermano ya no existia! El infeliz Fernando de Alvarado habia recibido una muerte violenta en Cadiz antes de abrazar siquiera á su muger y á su hijo.

Baronesa. (*Admirada.*) Fernando de Alvarado!

Plácido. Sí, señora; ese es el apellido de mi padre, oficial benemérito de la guerra de la independencia, que despues de haber dado muchos dias de gloria á su patria, murió oscurecido y abandonado como suele acontecer en España á todos los que han vertido su sangre por defenderla de enemigos propios y estraños. Yo me sentí siempre con inclinacion al comercio, y tomé el nombre de mi madre para no perjudicar á mi hermano, que queria dedicarse tambien á la carrera de las armas.

Baronesa. (*Aparte.*) Vamos, pues es de muy buena familia... (*Alto.*) Con que don Fernando de Alvarado era vuestro hermano?

Plácido. Hermano á quien queria con delirio porque era menor que yo, y mi padre me le confió al morir; yo, que habia labrado su felicidad uniéndole á la muger que amaba, volvia con la esperanza de traer de nuevo la opulencia á su casa, y pasar el resto de mi vida al lado de sus hijos... Llego y no encuentro ya hermano... un desafío me le habia arrebatado, y un casamiento me arrebata tambien á su hija única... Mientras adquiero informes acerca de su muerte, cuyo autor y causa ignoro todavia, llego á saber por mi amigo don Ignacio que acabais de casar, con no sé qué conde, una jóven llamada Malvina de Alvarado... No cabe duda, es mi sobrina... Tomo al instante la berlina de don Ignacio, y vengo á preguntaros quién es ese conde, que no sabrá mas que

correr á caballo y vestirse de majo, sin duda.

Baronesa. Caballero!

Plácido. Ya sabeis el motivo que me trae á vuestra casa.

Baronesa. (*Levantándose.*) Nada puedo deciros acerca de los padres de Malvina, porque yo tambien he pasado mucho tiempo viajando fuera de España; por lo que hace á ella, mi sobrino el conde de San Esteban...

Plácido. (*Interrumpiéndole.*) El conde de San Esteban!... Ese nombre no me es desconocido, y si no me engaño... en otro tiempo... hace veinte años...

Baronesa. Habreis conocido á mi hermano tal vez?... Leandro de San Esteban... el padre de Alberto?

Plácido. Si... Leandro... eso es... le ví varias veces con Fernando... y siento tener que decíroslo, pero todas sus trazas eran de un calavera completo.

Baronesa. Caballero!...

Plácido. Si su hijo se le parece... Pero qué es lo que íbais á decirme de él?

Baronesa. Queria deciros que en su nombre pedí á Malvina en casamiento.

Plácido. Cielos!—Y consentísteis?...

Baronesa. Yo, señor mio, por nada en el mundo dejaria escapar la ocasion de casar á una muchacha!... eso seria en contra de mis principios... Malvina de Alvarado es en el dia muger de mi sobrino.

Plácido. Ya me temia yo que le habia de haber sucedido alguna desgracia á la pobre chica!... la viene de familia.

Baronesa. No podeis decir que el interés ha guiado á Alberto; Malvina carecia de bienes.

Plácido. Qué oigo! eso no es posible!

Baronesa. Es la pura verdad .. y no debeis dudar un momento de que es dichosa.

Plácido. Si es tan cierto eso como su pobreza...

Baronesa. Con vuestras suposiciones...

Plácido. Probadme que son injustas...

Baronesa. Con mucho gusto... Quedaos á pasar unos dias con nosotros.

Plácido. Yo?.. y los informes que tengo que tomar en Sevilla?

Baronesa. Yo os los podré proporcionar mejores.

Un criado que sale por la puerta de la derecha. La señó-

rita está de vuelta, y desea hablar á la señora baronesa.

Plácido. (*Haciendo un movimiento.*) Está aquí!

Baronesa. (*Al criado.*) Decid que voy al momento. (*Vase el criado.*)

Plácido. Está aquí! puedo verla ahora mismo... Ah! perdonad, señora; esa noticia me ha sobrecogido; pero quiero verla; no me priveis de ese placer. (*Hace un movimiento hácia la puerta por donde se fué el criado.*)

Baronesa. Deteneos!... dónde vais?... Quiero que veais á los dos esposos sin que sepan quién sois, para que de ese modo podais convenceros vos mismo de la injusticia de vuestras suposiciones. Os presentaré á mis sobrinos, como un aficionado á cosas raras que ha tenido noticia de mi pasion favorita, y ha venido á verme.

Plácido. Vaya por aficionado á cosas raras... yo que vengo buscando un matrimonio feliz!

Baronesa. Quedamos convenidos. (*Da algunos pasos, y vuelve.*) Y á propósito, no habeis traido de vuestro viaje algun objeto raro, algun pedazo de roca de las Cordilleras, algunas flores de las riberas del Ohio, ó algun monote de la China?

Plácido. No, por cierto... Confieso francamente que no he pensado en traer del estrangero mas que alguna esperiencia y mucha plata.

Baronesa. Pues eso no valia la pena de ir tan lejos... En fin, poco importa... Aguardad aquí un momento; sabed dominaros al ver á Malvina, y sed justo con mi sobrino... es un muchacho escelente! (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

DON PLÁCIDO, *solo.*

Un muchacho escelente!... Ya sé lo que eso significa... Un jóven adamadito, cuya ocupacion será ponerse de mil alfileres para parecer bien, y observar los modales que mas llamen la atencion... Fuera de eso, disgustado con la paz del matrimonio, y por consiguiente insoportable para su muger... Oh! conozco á la tal gente... Alguien viene... el conde quizá... Veamos.

(*Villanueva se queda en el dintel de la puerta mirando adentro; habla con un groom elegantemente vestido, que se dejará ver de la parte afuera de la puerta.*)

Villanueva. James, vas á montar á caballo inmediatamente.

Plácido. (*En el proscenio y aparte.*) Tutea á los criados... este debe ser.

Villanueva. (*Idem.*) Me quedo aqui por ocho dias... lo oyes? ocho dias!... Necesito ropa blanca, chalecos, pantalones y corbatas suficientes para no presentarme dos veces vestido de un mismo modo.

Plácido. (*Aparte y en el proscenio.*) Pues!... lo que la tia llamaba un escelente muchacho.

Villanueva. (*Idem.*) No hay que olvidar que acostumbro á vestirme tres veces por dia.

Plácido. (*Aparte y encogiéndose de hombros.*) Verdadero señorito!

Villanueva. (*Revolviendo en su memoria como quien mira si olvida algo, y sacando del bolsillo una carterita, de la cual toma un billete. Al groom con disimulo afectado.*) Llevarás este billete á casa de la Marquesa de Montadas.

Plácido. (*Aparte.*) No tiene el diablo por donde desecharle: que marido!

Villanueva. Irás tambien á casa del coronel Robledo, ó sino al café del Turco, y te informarás del dia en que corre su caballo con el de Vickson, el ingles: he puesto cien onzas por Robledo.

Plácido. (*Aparte.*) La arruinará, no hay remedio.

Villanueva. Echa á correr y rebienta el caballo, si es preciso. (*Entra en la escena y mira.*) Calla!... no estaba Amelia... He perdido el tiempo y no lo ha oido... (*Llama otra vez al groom y este vuelve á aparecer.*) James! James! Cuidado con hacer platillo de esto con la doncella de la Sra. de Mendoza. (*Le despide con la accion y se estrega las manos.*) Cuando le prohibo que hable de una cosa estoy seguro que es lo primero que va á contar.

Plácido. Habrá fátuo!... Se da un aire á su padre... pero aquel era mejor mozo.

Villanueva. Perdonad, caballero... (*Acercándose.*) no os habia visto... Sois...

Plácido. Un aficionado á cosas raras.

Villanueva. (*Mirando en torno suyo de tiempo en tiempo,*

como si aguardase á alguien.) A cosas raras ?... Haceis mal, ya no son de moda.

Plácido. (*Mirándole.*) Pues yo estaba creído en que sí.

Villanueva. Os juro que no... Antigüedades ?... Quitad allá ya todo eso ha caido, es de mal gusto... En el dia, caballero, somos ciegos partidarios de la naturaleza. (*Aparte.*) Mucho se hace esperar Amelia.

Plácido. De la naturaleza, eh!... mas valiera que lo fueseis de lo natural, pues como soy Camacho que...

Villanueva. (*De pronto.*) Eh?... qué nombre habeis dicho?

Plácido. Mi apellido, Camacho... oh! no tiene nada de aristocrático... y á buen seguro que vuestra ilustre familia tenga nada que ver con él.

Villanueva. (*Aparte.*) Ojalá Dios!

Plácido. Pero es muy español... Sí señor... he conocido otros dos Camachos, y los dos eran castellanos viejos y fabricantes de medias como yo... por mas señas que uno de ellos vivia tambien en la calle de Postas.

Villanueva. (*Aparte.*) Dios eterno! qué es lo que oigo?... me va á dar algo.

Plácido. Parece que estais violento?... qué teneis?...

Villanueva. Yo?... nada... qué he de tener?

Plácido. Pues como decia... ese Camacho que vivia tambien en la calle de Postas, dejó un gran caudal á su hijo, que segun me han informado se avergüenza de llevar el nombre de su padre... Creo que ha adoptado un apellido... asi... bonito... novelesco... Villa... Villabella ó Villafranca; no lo sé á punto fijo... en fin, él empieza con Villa... pero yo lo averiguaré.

Villanueva. (*Aparte.*) Oh! asesino.

Plácido. Soy un tanto fisonomista, y si llego á echarle la vista encima, no se me despintará... tendremos un rato divertido!... es decir, él no... Qué gestos haceis? os choca lo que digo? Oh, yo lo creo, un caballero como vos!

Villanueva. (*Aparte.*) Se estará burlando de mí este viejo!

Plácido. Sois como vuestro padre!...

Villanueva. Cómo mi padre?

Plácido. Le he conocido.

Villanueva. Con que conociais?...

Plácido. Sí, yo, pobre de mí, tengo la desgracia de haber conocido á los padres. Confieso que preferiria conocer solamente á los hijos; pero hace veinte años que me mar-

ché de España, y por consiguiente vivo atrasado una generacion. Vuestro padre, y rezelo que su hijo no le vaya en zaga, ha turbado la paz de mas de un matrimonio, y sedncido mas de un incauto corazon.

Villanueva. (*Aparte.*) ¡Pobre señor! qué falso testimonio! Si no se movia de su tienda.

Plácido. Abusaba de las prendas personales que le habia concedido la naturaleza.

Villanueva. Entonces eso me viene de herencia... porque yo tambien abuso un poquito de mis bellas prendas personales.

Plácido. Oh! llevaba una vida de verdadero gran Señor.... el juego... las mugeres... mucho lujo.

Villanueva. Oh! oh!... (*Aparte.*) Entonces está equivocado por fuerza: no es el mismo.

Plácido. Siempre con mil trapisondas... Un desafio cada semana.

Villanueva. (*Aparte.*) Si no era capaz de matar un pollo!

Plácido. Sí señor, ya veis que he conocido al conde de San Esteban.

Villanueva. (*Aparte.*) Me equivoca con el conde! respiro...

Plácido. Y temo que su hijo...

Villanueva. Su hijo es todo un caballero.

Plácido. Caballero!... palabra hueca, que maldito lo que significa...

Villanueva. (*Aparte.*) Es preciso que á toda costa aleje yo á este hombre de aqui. (*Alto.*) Si quereis os llevaré á ver las cosas mas notables del pueblo, ya que tan amante sois de curiosidades.

ESCENA IV.

D. PLACIDO. VILLANUEVA. AMELIA.

Amelia. (*Saliendo con precaucion por la puerta de la habitacion de Malvina.*) Por fin pude escaparme un momento.

Plácido. Alguien viene... Una joven! (*Se dirije hácia ella al mismo tiempo que Amelia quiere retirarse al verle.*)

Villanueva. Amelia!

Placido. (*Consigo mismo y deteniéndose á esta palabra.*) No es mi sobrina.

Villanueva. (*Bajo á Amelia.*) Es un original muy posma

que trato de echar de aqui. (*Alto.*) Con que... si os parece...

Amelia. (*Bajo á Villanueva.*) Os marchais?

Villanueva. Voy (*Idem.*) á ver si puedo deshacerme de él... (*Aparte.*) Habrá mostrenco?... hacerme faltar á una cita y haber conocido á dos Camachos. (*Alto y con cortesia.*) Vamos, caballero.

Plácido. Pobre sobrina mia! (*Aparte.*) Cómo he de avenirme á vivir con este necio?

Villanueva. Pasad. (*Bajo á Amelia.*) Al punto vuelvo... Dios quiera que no me den tentaciones de tirarle al rio.

ESCENA VI.

AMELIA *sola.*

(*Con tono desdeñoso.*) Va á volver!... Tan pagado de sí está que se habrá figurado que le daba una cita... y quien sabe si supondrá ya que estoy loca de amor por él!... Tan solo porque le he dado broma con la vizcondesa del Olmo!... Dios mio, que vanos son los hombres!

(*Encamínase hácia la mesa de la izquierda y siéntase cerca de ella.*)

ESCENA VII.

LA BARONESA. AMELIA. MALVINA.

(*Malvina abre la puerta de su cuarto; Amelia vuelta de espaldas no la vé; la Baronesa viene detras de Malvina como queriéndola detener. Detras de ellas sale un criado con una gran caja, que dejará sobre la mesa.*)

Malvina. (*En voz baja.*) Dejadme preguntarla otra vez para averiguar si es cierto que mi marido la ama, y si ella le corresponde; no sosegaré hasta que salga de mi incertidumbre.

Baronesa. Vamos!...

Amelia. (*Levantándose.*) Ah! aqui estábais, señoras?

Baronesa. (*Al lado de la mesa.*) Vengo á ver lo que D. Ignacio me trae del Nuevo Mundo; Malvina os buscaba, con que asi podremos hablar un rato á nuestro sabor y sin testigos.

Malvina. Sí, buena falta nos hace, porque desde que Ame-

lia y yo hemos salido del colegio han sucedido tantas cosas!... estamos tan cambiadas!

Baronesa. Oh! Amelia está hecha una dama del buen tono.

Malvina. (*Sonriéndose.*) Una muger que tiene la desgracia de no ser comprendida por el mundo?... como ahora se estilan.

Baronesa. (*Sacando del cajon un pájaro disecado y examinándole.*) Pajarraco de nueva especie... es una curiosidad que no me llama la atencion.

Malvina. (*Sonriéndose.*) Bien!... mezclais vuestros pájaros en nuestra conversacion...

Baronesa. Perdonad, hijas mias... ya callo... deciros vuestros secretitos de recien casadas... cada cual á su negocio. yo, con tal de enriquecer mi gabinete...

Amelia. Asi es mi marido... con tal de enriquecerse... no piensa mas que en eso...

Malvina. Si es para que no te falte nada... qué mas quieres?

Amelia. No basta esto.

Malvina. Cómo?

Amelia. Porque eso no impedirá que yo me fastidie.

Malvina. Tienes mas que distraerte tú sola.

Amelia Eso pienso; imitar á las mugeres que saben huir del fastidio... me haré muger de moda.

Malvina. Qué es eso de muger de moda?

Baronesa. (*Sacando otro pájaro y en voz baja.*) Una cotorra con plumas de muchos colores.

Amelia. Una muger de moda es la que recibe obsequios y admiraciones en todas partes, y posee el don de hacer girar en torno suyo como mariposas un tropel de adoradores.

Baronesa. (*Levantándose y acercándose á ellas.*) Y sabeis lo que son esos? un enjambre de acreedores que os persiguen sin que les debais nada, y tarde ó temprano acaban por cobrarse.

Malvina. Segun veo, lo que tú deseas para no fastidiarte.... es ser amada y obsequiada; pero por quién?

Amelia. (*Sonriéndose.*) Te interesa?

Baronesa. Cuál de vuestros adoradores es el preferido?

Amelia. (*Sonriéndose.*) Tambien vos!... Dios mio, esto es una inquisicion!... Me retiro, porque tengo miedo de descubriros mis secretos; y voy á componerme un poco, á fin de presentarme en la comida de un modo digno de mis proyectos. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VII.

LA BARONESA. MALVINA.

Baronesa. Es una tontuela que arde en deseos de que se ocupen de ella, y que acabará por dar que decir... En el dia vacila aun entre las simplezas que vé en el mundo y los dislates que lee en las novelas... pero no es una rival temible para tí, Malvina.

Malvina. Dios lo quiera!

Baronesa. Apostaria cualquier cosa que tu disgusto con Alberto proviene de alguna mala inteligencia que con la mayor facilidad podias aclarar... Que no te vea afligida y llorosa... Los maridos interpretan las lágrimas por quejas... Es preciso ademas manifestar delante de la gente satisfaccion y buen humor... eso da concepto á las personas... Mírame: estan muy persuadidos que yo no deseo nada mas que mis monotes de la China y mis pájaros disecados... que eso le basta á mi corazon... Ah! (*Suspira.*) Creéme, Malvina, reconcíliate con Alberto... Qué tienes?

Malvina. (*Mirando por la ventana.*) Es él! viene hácia aqui... Dejadme, tia mia. Seguiré vuestros consejos, y disputaré si es posible el bien que me quieren arrebatar.

Baronesa. Asi me gusta. (*Aparte al salir.*) Vamos, el tio verá que su sobrina es la mas feliz del mundo.

ESCENA VIII.

ALBERTO. MALVINA.

Malvina estará de pie apoyada contra un sillon de la derecha en actitud de una persona que medita. Alberto sale por el foro con una carta abierta en la mano y se sienta cerca de la mesa sin ver á su muger.

Alberto. Qué querrá decir este atolondrado de Cama... de Villanueva? Me escribe que temiendo ser conocido por su verdadero nombre, se ha visto obligado á tomar el mio delante de un tal D. Ignacio, antiguo amigo de su padre!... no quiero desmentirle... su buen humor me distrae... (*Reparando en Malvina.*) Ah! estabais ahi... qué pensativa!...

Malvina. Estaba reflexionando en que es una desgracia ser joven.

Alberto. (*Sonriéndose y sentado.*) Desgracia es esa que generalmente se mira como una dicha.

Malvina. (*Con donaire.*) Cuando ha pasado quizá?

Alberto. (*Sonriéndose.*) Y por qué ha de ser asi?

Malvina. (*Idem.*) Es un apuro tan grande no saber á punto fijo que hay que hacer para...

Alberto. Para?...

Malvina. Para ser amada.

Alberto. Esa es ciencia que se sabe á cualquier edad.

Malvina. (*Con coquetería.*) Y si una se engañase?

Alberto. (*Turbado por sus miradas.*) Eso no puede ser teniendo talento como tú, Malvina, poseyendo mil artes seductoras... la pintura... la música...

Malvina. (*Yendo hácia él con alegria infantil.*) Te agradan á tí?... Es decir que he hecho bien en estudiarlas?... ah! que dichosa soy!

Alberto. (*Aparte.*) Que hermosa es!

Malvina. (*Aparte.*) Parece que ya me mira con mas cariño. (*Alto con ternura y donaire.*) Las artes, dice un poeta, descienden del cielo para encanto y delicia del objeto de nuestro amor.

Alberto. Malvina! (*La coge la mano y vuelve á dejarla.*)

Malvina. (*Admirada.*) Qué tienes? Oh! no temas que mi imaginacion se estravie con los delirios de la poesia... Durante tu ausencia he atendido al gobierno de la casa... he dispuesto varios arreglos... (*Con alegria.*) Y sabes lo que ha sucedido?

Alberto. Qué?

Malvina. (*Con alegria.*) No me he encontrado con que teniamos los mismos pensamientos? lo mismo que yo mandabá lo habias mandado tú antes... Oh! si vieras que envanecida me puse!

Alberto. Y yo de ello me alegro!

Malvina. Lo propio ha sucedido hasta con algunas pequeñeces... Si yo mandaba que plantasen las flores mas bonitas debajo de tus ventanas, me encontraba con que ya habias tú dado orden de que se pusiesen debajo de las mias. Y ahora que hablamos de esto, quiero darte las gracias por haber abierto comunicacion, como yo queria, entre el pabellon y mi cuarto... Todas las mañanas voy allí á leer ó dibujar.

Alberto. Con que es decir, Malvina mia, que tenemos los mismos gustos?

Malvina. Sí, hasta en las cosas en que nunca habia pensado. La política, la guerra, los negocios...

Alberto. (*Sonriéndose.*) De veras? Con que tú te ocupas de política y de negocios públicos?... pues ese es un gran beneficio para la patria.

Malvina. No te burles... (*Se apoya con gracia sobre su hombro, y dice con ternura.*) Mira, hay palabras que toman cierto sentido para mí cuando tú las pronuncias!... La patria, por ejemplo... ahora la tengo amor... es el suelo que te ha visto nacer, cuyos intereses y libertad defiendes, y en la cual hallarás algun dia gloriosa recompensa... es el pais en que vives, en el que eres estimado, en el que yo te amo.

Alberto. (*Estrechándola contra su corazon.*) Bien mio!

Malvina. Ahí tienes cómo yo entiendo la política. (*Sonriéndose.*)

Alberto. Las mugeres no deben entenderla de otra manera. Malvina! (*Muy turbado.*)

Malvina. Por qué apartas de mí los ojos?... Mírame; no querias verme compuesta con tus regalos? Te gusta este vestido?... no es verdad que es bonita esta flor?

Alberto. (*Con cariño.*) Mucho menos que tú... tan bella y tan graciosa!

Malvina. De veras te lo parezco? (*Con alegria, y cogiéndole la mano.*)

Alberto. (*Estrechándole la mano entre las suyas con pasion.*) Mucho menos que tus hermosos y rasgados ojos, que tu seductora sonrisa, que tu agraciado talle... Oh! Malvina, Malvina mia, yo te am... (*Retrocede fuera de sí.*) Dios mio! yo no sé lo que me digo... Ah! déjame! no me mires así... no me hables de tu amor! no me digas nada si no quieres obligarme á huir de tu lado.

Malvina. (*Atónita.*) Oh! Dios mio! qué es lo que tienes? te habré ofendido sin querer?

Alberto. Ofenderme? Tú, la dulzura, la bondad misma! tú, que no me aborreces cuando pudieras culparme de injusto é insensible!... tú, que debes estar pesarosa de haber unido tu suerte á la mia!

Malvina. Gran Dios! qué dices? No hay dia que por el contrario no bendiga al cielo por haberme hecho tu esposa...

cifro en ello mi felicidad!

Alberto. Felicidad que una sola palabra puede destruir.

Malvina. Qué desgracia te amenaza? te persiguen? Temes la pérdida de tus bienes? Ah! ignoro lo que es el mundo, y ni aun sé qué desgracias pueden amagarte. Para mí no hay mas que una... no verte!

Alberto. Y si fuese esa?

Malvina. Qué escucho!

Alberto. Cruel es decirlo, Malvina... pero hubiera sido mejor para los dos no habernos encontrado en la vida.

Malvina. (*Con prontitud.*) Ah! cómo puedes decir eso!

Alberto. Mas sin embargo, hice ante Dios el juramento de protegerte... nada en el mundo puede destruirle, y le cumpliré... Deseas algo? todo cuanto puede ambicionar el corazon de una muger será tuyo... riquezas, placeres, diversiones... habla, habla.

Malvina. Mi única alegria y mi riqueza eres tú, Alberto. (*Admirada.*) Acaso no se encierra todo eso en tu amor? qué es lo demas comparado con ese bien?

Alberto. (*Muy turbado.*) No digas eso, Malvina... no lo digas! porque puede haber un secreto que se cruce entre los dos para separarme de tí.

Malvina. (*Dando un grito de terror.*) Alberto!

Alberto. (*Yendo á ella lleno de pasion.*) Pero, no, no, es imposible... Tú vivirás siempre á mi lado... serás mi amiga, mi compañera adorada, mi...

Malvina. (*Arrojándose en sus brazos.*) Sí, á tu lado... siempre sobre tu corazon... aqui es donde debo vivir y morir... (*Sonriéndose.*) Oh! qué miedo me habias dado! (*Enjuga sus lágrimas.*)

Alberto. (*Rechazándola con dulzura.*) Tú eres la que me asustas, Malvina.

Malvina. (*Llevándose el pañuelo á los ojos, y para sí.*) Otra vez!... Que secreto es este que no puedo penetrar?... Ah! si me abandonase en efecto!

ESCENA X.

DICHOS. DON PLÁCIDO.

Plácido. (*Desde el foro.*) Una jóven llorando! (*Se detiene, y no es visto por los demas.*)

Malvina. Ah! la pobre Malvina no tendrá entonces quien la proteja!

Plácido. (*Acercándose.*) Sí que tendrá; estoy yo aqui. (*Movimiento de Alberto y Malvina.*)

Malvina. (*Admirada.*) Qué decís, caballero!

Plácido. Que Malvina de Alvarado tiene en mí un protector, un amigo verdadero.

Alberto. Y quién sois vos?

Plácido. Quién soy yo?... eso no es ahora del caso. Al entrar aqui he visto una jóven hermosa que lloraba... yo, señor mio, no puedo ver desgracias sin que haga lo posible por remediarlas... y porque esta niña tenga buenos ojos, no es razon dejarlos que se aneguen en llanto... al contrario. (*Se dirige hácia Malvina.*) He venido aqui por vos.

Malvina. Por mí?

Plácido. Sí: ademas de haberos oido pronunciar vuestro nombre, mi corazon me decia que érais vos, y este no puede engañarse. (*A Malvina, y vuelto un poco de lado mientras Alberto los examina.*) Os casásteis por vuestra voluntad?

Malvina. Oh! sí.

Plácido. Pero ya habrá venido algun disgusto á turbar vuestra dicha.

Malvina. (*Retirándose.*) Caballero!...

Alberto. Esas preguntas indiscretas...

Plácido. Señor mio, yo vengo aqui para saber; y como no soy adivino, necesariamente he de preguntar. (*Mirando con atencion á Malvina.*) Qué placer siento al verla! (*A Alberto.* No es verdad que es muy bonita?

Alberto. Como un ángel.

Plácido. Miradla qué cortada está! (*Dirigiéndose á Alberto.*) Ah! es hechicera!... qué lástima que no sea feliz!

Alberto. Decis bien, nadie mejor que ella merece serlo.

Plácido. (*Dándole la mano.*) Veo que sois un buen sugeto, y os agradezco esas palabras. (*En voz baja.*) Decid, en confianza, no es una lástima que la hayan casado con ese conde?

Alberto. (*Suspirando.*) Ah!

Plácido. (*Aparte.*) Apostaria á que este no es noble: á primera vista se conoce.

Alberto. (*Consigo mismo.*) Este será el don Plácido que ha equivocado á Villanueva conmigo.

Plácido. A qué diablos la habrán buscado marido entre la grandeza... como si para ser dichosa necesitase que la diesen tratamiento... Oh! pero afortunadamente ya estoy aqui yo para protegerla.

Malvina. Cielos!

Alberto. Y con qué derecho osais erigiros censor de la conducta de los demas?

Plácido. Caballero, cuando uno por su trabajo se ha adquirido un caudal que sabe emplear con utilidad, tiene derecho de quejarse de los dislates de las gentes ociosas é inútiles; cuando uno es hombre de bien tiene derecho tambien de vituperar las acciones reprensibles; pero yo á mas de todo eso, tengo un derecho incontestable... el único lazo que me une á la vida está en manos de uno de esos hombres que han aprendido de sus padres á sacrificarlo todo á sus pasiones, y temo que los abuelos del conde de San Esteban no le hayan trasmitido sus vicios al propio tiempo que sus bienes.

Malvina. Oh!

Alberto. Caballero!...

Plácido. Esto no va con vos, y no debeis ofenderos.

Alberto. (*Dominándose.*) No... pero no quiero perder la ocasion de deciros, muy á sangre fria, que suena mal en boca de un hombre de juicio y madurez, ese modo de hablar de los grandes y poderosos de otros tiempos. Antes de fulminar el anatema contra los errores de nuestros antepasados, miremos primero si nuestros contemporáneos estan exentos de ellos! Acaso porque las riquezas de muchos hombres tengan la fecha de ayer, han sido por eso mejor adquiridas?... porque paguemos en el dia con mas esplendidez nuestras locuras somos por eso mas cuerdos?... porque declamemos contra los desafios y los duelistas somos por eso mas pundonorosos?... Ó quereis probarnos que cuanto mas inciviles son los modales de un hombre, mas rígida virtud encierra su corazon? Por Dios que el lujo, los bordados y afeites de nuestros mayores, valian tanto como el olor del cigarro y los corsés de muchos hombres de nuestra época.

Plácido. (*Sonriéndose.*) No digo que no.

Alberto. Dejad esa preocupacion, y no juzgueis tan ligeramente á nuestros predecesores; la sola razon nos demuestra claramente, que los mas humildes tratan de imitar-

los en cuanto llegan á su altura... No estais viendo todos los dias hombres que proclaman la igualdad de las clases, vociferan contra el lujo, y si llegan á ocupar un puesto brillante en la sociedad se olvidan del pueblo que los elevó, y se entregan á una vida sibarítica?... No acuseis de esos errores que os ofenden sino á la debilidad humana comun á todos... y creedme... si hay hombres que como vos conservan ideas generosas en la opulencia, los estimamos tanto mas, cuanto que á decir verdad, en el dia es una virtud bastante rara.

Plácido. Ese modo de pensar es muy plausible en vuestra edad... mas para que disculpeis algun tanto mis palabras, debo deciros que el título de San Esteban es un triste recuerdo para mí; porque el difunto conde tenia entre sus amigos, uno cuyo nombre era Fernando de Alvarado.

Malvina. Mi padre!

Alberto. (*Turbado.*) Alvarado!

Plácido. El cual debió su desgracia á las relaciones que su amigo le hizo contraer... Podreis informarme con certeza acerca de la muerte de vuestro padre, señora?

Malvina. Solo sé que una desgracia me le arrebató cuando yo era aun muy niña.

Plácido. Sí, un desafio... con algun compañero de locuras.

Alberto. A qué citar ese deplorable suceso delante de su hija, despues de los años que han trascurrido?

Plácido. Porque su hija debió heredar á la muerte de su padre un capital inmenso.

Malvina. No señor... Mi madre falleció sin recursos, y encomendó á la caridad de una amiga el cuidado de mi infancia.

Plácido. Quién es entonces el que ha usurpado las riquezas de Fernando?

Alberto. (*Muy conmovido.*) Era rico en efecto?

Plácido. Sin la menor duda... Oh! no he de descansar hasta que halle al matador de Fernando; yo le descubriré.

Alberto. (*Aparte.*) Ah!

Plácido. Harto tiempo ha estado en olvido un crímen cuya víctima no ha sido vengada. Harto tiempo ha gozado el usurpador de los bienes de la desventurada Malvina.

Alberto. (*Recobrando un poco de serenidad.*) Cuidado, no os dejeis guiar de rumores infundados; solo un interés muy poderoso podria disculpar semejante paso.

Plácido. Ah! el interés mas grave y mas sagrado es el que me mueve á darle, caballero... y sin embargo, he querido antes informarme y preguntar... He querido saber todo cuanto podia tener relacion con el infeliz Alvarado y su hija, y tengo derecho para ello, porque Fernando era mi hermano, y esa joven es mi sobrina.

Alberto. Qué oigo?

Malvina. Es posible?

Plácido. (*Estrechando á Malvina entre sus brazos.*) Mi hermano hà muerto alevosamente, y su hija es desgraciada... Pedir estrecha cuenta de la muerte de Fernando y de la felicidad de su hija, hé aquí el objeto de mi vida... por eso he venido... por eso os he hecho tantas preguntas... por eso no he de moverme de aqui hasta quedar satisfecho... creeis ahora que tengo motivo para interesarme en la suerte de esta joven?

Alberto. (*Muy conmovído.*) Y cómo pudiera desconocer ese derecho?... Sin embargo, os suplico que antes de iniciar al público en tan terribles secretos, tengais la bondad de confiarmelos... y de oirme... lo hareis asi?

Plácido. Os lo prometo.

Malvina. (*Con dignidad.*) Ignoro si en lo que decís hay envuelto algun peligro para mí; pero debo declarar desde ahora que el conde de S. Esteban me ha ofrecido su mano, siendo yo una pobre huérfana! que le he prometido ante Dios hacerle árbitro de mi suerte... y que sea feliz ó desgraciado el porvenir que á su lado me aguarda, le acepto desde ahora gustosa, y nunca tendré mas voluntad que la suya.

Plácido. (*Consigo mismo.*) Que afortunados son todos los calaveras!... Si hay en el mundo alguna muger perfecta, está de seguro reservada para un marido que la haga infeliz.

ESCENA XI.

DICHOS. UN CRIADO.

El Criado. Un criado acaba de llegar de Sevilla con cartas para el Sr. D. Plácido.

Plácido. Voy al instante... serán los informes que tengo pedidos... si, en efecto lo son, os los leeré, porque me mereceis el concepto de ser un hombre sensato y razonable.

Alberto. (*Aparte.*) Oh! temo perder el juicio.

Plácido. Hasta dentro de un instante, querida sobrina, ya lo sabes: tú eres ahora lo único que me interesa en el mundo.

ESCENA XII.

MALVINA. ALBERTO.

Malvina. (*Mirando á Alberto con atencion.*) Alberto!

Alberto. (*En la mayor agitacion.*) Ah! los acontecimientos que se preparan son aun mas terribles de lo que yo creia.

Malvina. (*Yendo á él con interés.*) Alberto! el color ha desaparecido de tu rostro, y tu mano está trémula?... No exijo que me descubras tu secreto, pero conozco que la presencia de mi tio te sobresalta y aterra. Sospecho que recelas alguna desgracia por su causa: si es asi, huyamos; alejémonos pronto de aqui... tú me has dado tu nombre y tus riquezas, pero puedes darme mas todavía. Ganaré en el cambio: si antes era rica, ahora seré feliz sirviéndote de consuelo.

Alberto. Es tanta mi desgracia que tu amor no es bastante á minorarla. Hace un mes que batallo entre un deber que me agita y una pasion violenta que me avasalla.

Malvina. (*Acongojada y aparte.*) Mis sospechas eran ciertas.

Alberto. He vacilado mucho tiempo antes de iniciar tu corazon puro y cándido en arcanos harto deplorables... Es tan cruel destruir de un solo golpe las mas gratas ilusiones de nuestra alma!...

Malvina. Qué tienes que decirme? habla.

Alberto. (*Vacilando.*) Esperaba que podriamos continuar juntos, y que mis atenciones y cariño lograrian hacerte dichosa... pero la llegada de ese pariente, que viene á averiguar una verdad que hubiera valido mas tener siempre oculta... un nuevo terror que ese hombre ha suscitado en mí... ¿No te estremece la idea de que el nombre de mi familia, que hasta ahora conservaba ileso, fuese públicamente deshonrado y envilecido?

Malvina. Gran Dios!

Alberto. Qué te habria yo dado entonces, pobre Malvina !.... Un corazon estéril y angustiado que guarda un secreto doloroso,.. un nombre de que tendrias que avergonzarte... unas riquezas que no me pertenecen tal vez?... Ah! eso seria horrible!

Malvina. No prosigas, Alberto! Qué me importan á mí tu clase y tus riquezas? ah! bien veo ahora que vivia de ilusiones cuando creia que mi esposo seria feliz solo con mi amor... que eso bastaria para su felicidad como para la mia... en fin que era amada como yo le amaba. (*Siéntase y ocúltase, llorando, el rostro entre las manos.*)

Alberto. (*Yendo á ella.*) Ah! voy á descubrírtelo todo!... Sé por fin sabedora del secreto...

ESCENA XIII.

DICHOS. LA BARONESA.

Baronesa. Dos horas de esplicacion?... ya es demasiado. Teneis en la sala mas de diez personas que os estan aguardando.

Alberto. A mí?

Baronesa. Sí, conocidos mios que yo he convidado á pasar aqui el dia. Id á saludarlos, Alberto... nosotras dos os seguimos en cuanto yo diga dos palabras á Malvina.

Alberto. Sí, me retiro; pero no conteis conmigo para recibir á nadie en este momento. (*Aparte al salir.*) Pensemos ahora lo que debo hacer. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIV.

MALVINA. LA BARONESA.

Baronesa. Qué es lo que veo! Todavia llorando despues de dos horas de conversacion!

Malvina. No tengo ya la menor duda... no me ama!

Baronesa. Ah! le retiro el nombre de sobrino.

Malvina. (*Confidencialmente.*) Dicen que su padre cometió tambien grandes errores. ¿Teneis vos noticia de ellos?

Baronesa. Lo que es mi hermano, á decir verdad, no fue un marido muy constante.

Malvina. Queria á otra muger ademas de la suya?

Baronesa. Las queria á todas.

Malvina. (*Retrocediendo.*) Qué horror!

Baronesa. Sí... pero de ahí á no amar á ninguna...

Malvina. (*Con viveza.*) Ah! si Alberto no amase á ninguna, todavia tendríamos remedio!... Pero habla á cada instante de secreto... de pasion contrariada... No, no hay duda... ha entregado su amor á otra muger que quizás conoció antes que á mí... pero quién es? dónde está?... Yo, que no sabia mas que amar, conozco ahora que sabria aborrecer á la que ama... Sí, sí, estoy celosa... y ardo en deseos de vengarme!

ESCENA XV.

DICHOS. DON PLÁCIDO.

Plácido. (*Que ha oido las últimas palabras.*) Vengaos, pues... Los he sorprendido juntos!

Malvina. (*Muy agitada.*) A quién?

Plácido. Iba en busca de don Ignacio, cuando he visto al conde entrar con cautela en el pabellon inmediato, donde le esperaba una señora, que estaba aqui esta mañana, y que no puso muy buena cara al ver que les estorbaba.

Malvina. (*Con desconsuelo.*) Cielos!... Amelia!

Plácido. Yo, entonces, sin cuidarme de las noticias que aguardaba, los encierro, vengo á avisároslo, y dejo á la puerta á don Ignacio, indignado y dando voces para reunir gente.

Malvina. (*Pasando enmedio.*) Cielos! habeis perdido á esa muger!

Baronesa. (*A don Plácido.*) Lo que habeis hecho es propio de un salvaje, caballero, y yo creia que don Ignacio se habia civilizado mas en los dos años que lleva en España.

Plácido. Cómo qué! Os parece que es regular dejar llorando á su muger para correr á una cita con otra?

Baronesa. Eso tambien está mal hecho... es verdad.

Malvina. (*Cogiendo de la mano á la baronesa, y con la mayor agitacion.*) Callad... No estais viendo agitarse mi pecho con violencia?... no estais viendo que mi mano tiembla?... que mis ojos se arrasan en lágrimas?... Ah! vosotros no sabeis lo que es tener celos?... no sabeis que

cuando una sufre de este modo, es capaz de volverse en un instante perversa y cruel, y que si damos un escándalo esa muger se halla á pique de perder para siempre su reputacion y su sosiego?

Baronesa. Ella!... vuestra amiga!... Oh! eso seria indigno.

Malvina. Decidme al contrario todo lo que pueda disculparla... decidme que todo es culpa de su atolondramiento é imprudencia... Decidme mas, que él es quien la ama... él, á quien es imposible no amar!... para que la perdone y la salve.

Plácido. Qué decís!

Baronesa. Ah!... eso está bien!

Malvina. (*Como recordando y dirigiéndose en seguida hácia la puerta de su cuarto.*) No, ni Alberto ni Amelia tendrán que sonrojarse delante de nadie.

Plácido. Cuando yo lo decia... las mugeres pierden el juicio por los que las hacen desgraciadas.

Malvina. (*A Plácido.*) Ahora, id corriendo á buscar á don Ignacio, y entrad con él en el pabellon, si quereis... Id, no perdais tiempo.

Plácido. Pero no entiendo...

Baronesa. Pues bien, obedeced, aunque no entendais... es el único modo de obedecer que agradecen los reyes y las mugeres. (*Empuja á Plácido hácia el foro.*)

Plácido. (*Marchándose.*) Vamos.

Malvina. (*Corre á abrir la puerta de su cuarto, y se detiene.*) Y vos, tia mia, alejaos... En mi cuarto hay una puerta secreta que comunica con el pabellon... Que Amelia no encuentre á nadie aqui... yo misma me ocultaré á sus ojos en cuanto haya abierto la puerta. (*Entra precipitadamente en su cuarto.*)

ESCENA XVI.

LA BARONESA, *sola.*

Qué muger!... Para que una ame á su marido!... De qué sirve ser hermosa y tener las virtudes de un ángel, si se halla luego este pago!... A no dudar, es una felicidad vivir soltera. (*Suspira.*) Ah!... Vámonos, una vez que asi lo quiere Malvina. (*Vase por el foro: la puerta del cuarto de Malvina se abre con lentitud.*)

ESCENA XVII.

ALBERTO. MALVINA.

Malvina. (*Mirando.*) No hay nadie? (*Despues de haber mirado á la escena, se vuelve hácia su cuarto; ábrese á este tiempo la puerta de enfrente, y aparece Alberto. Malvina le vé, y su asombro la obliga á apoyarse en un sillon.*) *Dando un grito de sorpresa.*) Cielos!... Alberto aquí!

Alberto. (*Señalando el cuarto de donde ha salido.*) Sí... aqui... no he salido de ese cuarto.

Malvina. Ah!... (*Déjase caer sobre el sillon.*)

Alberto. (*Con pasion.*) Todo lo he oido!... qué magnánima virtud!... cuánto amor y decision por el que debias suponer ingrato!... Ah! Malvina, eres un ángel! (*Cae de rodillas delante de ella.*)

Malvina. (*Conmovida, y con alegria.*) Dios mio!... Me amará!

Alberto. Es acaso posible que nadie mas que tú posea mi amor?

Malvina. (*Con alegria.*) Ah!... qué feliz soy! (*A este tiempo aparece Villanueva en la puerta del cuarto de Malvina, y ve lo que pasa.*)

Villanueva. Alberto!

Alberto. (*Levantándose precipitadamente, y cubriéndose el rostro con las manos.*) Ah! (*Alberto se separa de Malvina, que se levanta tambien. Villanueva se vuelve hácia el bastidor como para estorbar á alguno que entre.*) *Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DON IGNACIO. VILLANUEVA. LA BARONESA. MALVINA Y AMELIA.

(*Al levantarse el telon aparece Malvina sentada á la derecha del espectador*; *á su lado izquierdo Amelia sentada tambien en una silla algo mas baja, y al derecho la baronesa de pie. Malvina tiene sobre sus rodillas un album abierto que las otras dos aparentan mirar de cuando en cuando. Al otro lado del teatro, y cerca de la mesa donde quedaron en el segundo acto los objetos curiosos de la baronesa, se ve á Villanueva sentado y á don Ignacio de pie. Estos dos grupos deben estar separados cuanto lo permita la anchura del proscenio.*)

Baronesa. (*Inclinándose hácia las otras dos, y dándoles á entender que no quiere hacer á los hombres partícipes de su conversacion.*) Parece que don Plácido está leyendo en el jardin unas cartas de Madrid. Alberto se ha encerrado en su gabinete á despachar el correo; con que es decir que podemos hacer cuenta que estamos solas..... Don Ignacio es tan sério y Villanueva tan calavera, que merecen formar seccion aparte... No hemos de hablar en

todo el dia á Villanueva, en castigo de haber comprometido á Amelia.

Amelia. (*Riendo.*) Para que se vea! y yo me figuraba que esa cita nada tenia de particular... comete una mil imprudencias, y todo es porque en los colegios no se cuidan de enseñarnos estas cosas.

Malvina. (*Riendo.*) Loca, bueno seria que pusieran una cátedra...

Baronesa. (*Riendo.*) Donde esplicaran el arte de las citas?

Malvina. (*Poniendo su mano sobre la cabeza de Amelia.*) Cuánto valdria esta cabeza si como es linda fuera juiciosa !....

Amelia. Tú me darás el juicio que me falta, porque tienes para las dos.

Malvina. Lo que tengo en este momento es una alegria tal, que quisiera comunicarla á cuantos viven á mi lado... Si supieras tú cuanto daria yo porque fueras dichosa.

Baronesa. Si no lo es, á nadie eche la culpa; tenia mas que dejarse de monadas y entretenerse en formar una coleccion de curiosidades... Ya se ve, gastaria su dinero en cotorras y mandriles; pero tambien sabia que no lo tiraba á la calle; haria el gasto de una vez para toda su vida.... y no que los amantes son unas aves de paso que no nos dejan una pluma por señal... por lo menos los pájaros de estopa no comprometen á las niñas. (*Rien las tres.*)

Villanueva. (*A don Ignacio sonriéndose.*) Parece que en aquel ángulo conspiran contra nosotros. La directora de la conjuracion es la tia; son unas cuentecillas atrasadas.

Ignacio. (*Con mucha gravedad.*) Vos encontrais diversion en todo, hasta en las cosas mas sérias como son el odio y el amor de las mugeres; su reputacion y su felicidad. En los Estados-Unidos no acostumbramos á divertirnos con eso.

Villanueva. Lo que es vos ni con eso ni con nada; pero vamos á ver, á pesar de toda la gravedad americana, no es preciso que convengais conmigo en que cabalmente las cosas mas tristes son las que deben sazonarse con un poco de broma? Qué se ha de hacer? estas señoras se han incomodado conmigo, quieren dejarme solo... si trato de acercarme á ellas... oh! (*Hace seña de que no han querido admitirle.*) Si las pido perdon me le negarán...

Baronesa. (*Desde lejos.*) Cierto que sí; es un asunto muy sério.

Villanueva. (*Bajo á don Ignacio.*) Con que... me reiré?

Baronesa. (*Desde lejos.*) Sois capaz de comprometer á cualquiera.

Villanueva. (*Bajo á don Ignacio.*) No tardan un cuarto de hora en venir todas á buscarme.

Ignacio. (*Alto. con mucha gravedad.*) Oh! oh!... apuesto cien doblones á que no...

Villanueva. Admitido; y no quiero mas que cinco minutos.

Ignacio. Entonces pongo doscientos.

Villanueva. (*Apretándole la mano.*) Mil gracias!

Baronesa. (*A las otras dos.*) Qué apuesta será la que ese caballerito tiene tanta seguridad de ganar?

Villanueva. (*Alto.*) Bien podeis creerlo, amigo don Ignacio, ni con todas las curiosidades que hay en esta mesa, ni con todo lo que de América habeis traido, inclusos vuestros millones, puede pagarse el tesoro que tengo en mi bolsillo.

Ignacio. Bah!

Villanueva. La generala Aguirre me ha confesado que no tiene en su coleccion un objeto mas estraño; y la marquesa de Montadas me ha prometido formalmente que vamos á perder las amistades si no le cambio por todo su gabinete de historia natural.

Baronesa. Qué objeto será ese? (*Villanueva saca de una cartera un papel doblado en cuatro dobleces, dentro del cual habrá una trenza de pelo.*)

Ignacio. Un rizo!...

Baronesa. De quién es? (*Se acerca un poco á Villanueva con curiosidad.*)

Villanueva. Un rizo cortado de la guedeja de un templario cuando marchaba á la hoguera con todos los de su orden. Auténtico, él mismo lo dice... y luego aqui hay un papel que convenceria al mas incrédulo, si un hecho como este necesitara pruebas.

Baronesa. (*Acercándose.*) Sois muy amable, Sr. de Villanueva, en permitirnos ver semejante curiosidad?

Ignacio. (*Viendo á la baronesa.*) Oh!

Villanueva. (*Aparte.*) Y va una!

Baronesa. (*Mirando el rizo.*) Qué bien conservado está!..... quién habia de pensar que tiene tantos años!

Villanueva. (*Aparte.*) Ya lo creo! (*Abandona el rizo á la baronesa que se queda examinándole, y saca el Courier des dames de su bolsillo.*) Aqui tenemos el último número del *Petit courier des dames*; el figurin trae cabalmente el mismo peinado que llevó ayer la de Campo-Alegre al baile de la condesa de Polan, y que tanto llamó la atencion.

Amelia. (*Se levanta al oir el nombre de la Campo-Alegre, y se acerca corriendo.*) A ver, á ver, si le lleva la Campo-Alegre, será un peinado elegante.

Ignacio. Oh!

Villanueva. (*Aparte.*) Y van dos! (*Deja á Amelia con el Courier y saca otro periódico del bolsillo.*) Ah!... Ya se me olvidaba que Alberto me habia encargado este periódico, para saber donde se admiten las suscriciones á favor de los desgraciados de Roa y Nava de Roa. Es mucho Alberto!... yo no sé cómo se compone que siempre tiene dinero para todos los infelices. (*Malvina se levanta al oir el nombre de Alberto y se aproxima lentamente á Villanueva.*) Pocos hay así... generalmente los que son dadivosos no tienen dinero, y los que tienen dinero, no son dadivosos... pero Alberto lo reune todo... es el corazon mas noble que he conocido!

Malvina. (*Que ha llegado cerca de Villanueva, y se apoya en el respaldo de su silla.*) Cierto que sí, no es verdad?

Ignacio. Oh!

Villanueva. (*Aparte.*) Y van tres! (*Alto levantándose.*) Estabais aqui, señora.... (*Riéndose.*) Con qué don Ignacio!...

Ignacio. Habeis ganado... (*Saca con gravedad de su bolsillo unos billetes de banco.*)

Baronesa. Cómo?... que es lo que ha ganado Villanueva?

Ignacio. Una apuesta conmigo.

Baronesa. Y es?

Ignacio. Que despues de haber rehusado admitirle en vuestra compañía, habiais de venir todas á buscarle antes de cinco minutos.

Todas. (*Separándose.*) Ah!

Ignacio. (*Dándole los billetes.*) Aqui teneis el dinero.

Villanueva. Gracias. Con esto compraré un tordillo á Pepe Almagro, que tiene mucha gana de venderle. Los elegantes de Sevilla me endosan todos sus caballos de desecho, y me pagan con el nombre de amigo, figurándose que

no los conozco... cómo se engañan! Todo lo que gasto con ellos lo apunto en mi libro de deuda sin interes. Este es un juego que á decir verdad, no me cuesta mucho. Quiero tener agradecido á un caballero de la gente conocida que llamamos: pues hago una apuesta con el señor don Ignacio y él paga.

Ignacio. (*Con gravedad.*) Siempre está de broma!

Villanueva. Por otra parte, era muy justo que hoy pagaseis algo en castigo siquiera de la mala pasada que nos habeis jugado, trayéndonos á esa especie de Iroques arrancados de las fangosas orillas del Misisipí... D. Plácido... (*Las damas que figuraban hablar entre sí se aproximan á la escena.*)

Malvina. Qué decis de don Plácido?

Villanueva. Digo que, gracias á Dios, nos deja libres de su ingrata presencia... tomó las de Villadiego.

Baronesa. Si supiérais quién es, no hablariais de ese modo.

Villanueva. Que me decís?

Ignacio. Nada mas cierto... cuenta pasar algunos dias en esta casa... A propósito, aqui llega el conde que lo sabrá mejor.

ESCENA II.

D. IGNACIO. VILLANUEVA. ALBERTO. MALVINA. AMELIA. LA BARONESA

(*Sale Alberto pálido, triste y pensativo por la puerta de la izquierda del público.*)

Villanueva. (*Dirigiéndose á él.*) Alberto, voy á tomar el landó y á volverte tu nombre que tal vez haya estado un poco comprometido en estas dos horas. Supuesto que don Plácido fija sus reales en tu casa, me parece que lo mas acertado será abandonarle el campo.

Alberto. No, amigo mio, tengo que hablarte.

Malvina. Procura que Villanueva se quede con nosotros, Alberto... es tu amigo, te conoce desde niño y sabe apreciarte. Y luego con ese humor festivo, disipará tus penas... señoras, don Ignacio tendrá la bondad de acompañaros; y mientras estos caballeros se quedan hablando á su sabor, yo corro á buscar á don Plácido.

Alberto. Qué intentas decirle?

Malvina. (*Se detiene cerca de la puerta, deja pasar á los demas y volviendo al lado de Alberto, le dice á media voz.*) Ya que me ha visto llorar, quiero que sepa que su sobrina es la muger mas dichosa que hay sobre la tierra. (*Vase rápidamente.*)

ESCENA III.

VILLANUEVA ALBERTO.

Alberto. Su alegria me da pena porque se acerca el momento en que la deberá perder... Tiene tanto que llorar todavia! Nuestra situacion es cada vez mas delicada y la venida de don Plácido aumenta mi compromiso.

Villanueva. D. Plácido!... Con qué es decir que ese enemigo de hombre ha venido para causar la desgracia de todo el mundo.

Alberto. Conoció á mi padre....

Villanueva. Ya lo sé; pero lo particular es que ha dado tambien en afirmar que conoció al mio... al Sr. Camacho... y para buscar al hijo correrá toda la tierra. Cierto que es una interesante expedicion, dejar á los habitantes del Nuevo mundo para informarse de cómo están los de la calle de Postas. Qué diablos!... ya no hay Camachos en el mundo... su raza concluyó, y ahora empieza á florecer el tronco de los Villanuevas!... (*Con tono inquieto y formal.*) Pero, Alberto, qué ha sucedido? qué nuevo pesar te aflige?

Alberto. Y tú me lo preguntas despues de la confianza que he hecho en tí?

Villanueva. En efecto esa idea que tienes de que Malvina es hermana tuya...

Alberto. Hay mas, amigo mio; no sabes tú quién es don Plácido?

Villanueva. Sé que es un hombre inaguantable.

Alberto. Es tio de Malvina; hermano de don Fernando de Alvarado.

Villanueva. Bah!

Alberto. Le han dicho que su hermano pereció en un duelo, pero no sabe la mano que le hirió, y esto es lo que trata de averiguar, preguntando y escribiendo á cuantos amigos tiene en España.

Villanueva. Vamos, ese hombre tiene furor de averiguarlo todo.

Alberto. Acaba de recibir unas cartas, y en ellas sin duda le informarán de lo que desea; es un hombre de bien... asi lo manifiesta á primera vista, y asi lo certifica su amigo don Ignacio que pone en las nubes su honradez y su bondad; pero tiene toda la rústica franqueza de un campesino, y va á armar un escándalo que quisiera evitar.

Villanueva. Si en algo te puedo ser útil, disponlo como te parezca. Me quedaré á tu lado.

Alberto. Gracias.

Villanueva. Por sacarte de un apuro arrostraria mas que la muerte... arrostraria hasta el nombre de Camacho!...

Alberto. Precisamente la equivocacion de don Plácido, que por broma has sostenido, me ha proporcionado una ventaja importante; me ha tenido por otro y franqueándose conmigo, me ha informado del riesgo que nos amenaza. Quiero hablarle otra vez antes que me conozca, y luego me decidiré al sacrificio que me impone su venida.

Villanueva. Sino tengo que hacer mas que continuar con él nombre de conde de S. Esteban, no podias proponerme cosa mas de mi gusto. Con tal que no empieze á acostumbrarme al titulillo y me cueste despues un sentimiento... (*Mira por la ventana.*) Oye... desde aqui percibo á nuestro enemigo comun que se dirige hácia este lado; me parece que debo retirarme. Qué aspecto tan sombrío trae!... Casi tengo miedo de dejarte solo con él.

Alberto. (*Estrechándole la mano.*) No es á él á quien yo temo. Déjanos solos; luego tal vez necesitaré recurrir á tu amistad, si como preveo, se decide alguna cosa acerca de mi porvenir. (*Vase Villanueva.*) Mi porvenir que tan dulce hubiera sido con el amor de Malvina... y nada!... nada!... El es.

ESCENA IV.

D. PLÁCIDO. ALBERTO.

Plácido. Caballero, os venia buscando.

Alberto. Y yo os esperaba.

Plácido. Gracias; porque el interes que mostrais tomaros en

la suerte de mi sobrina, os hace acreedor á toda mi confianza; y por otra parte, á decir verdad, desde que he vuelto á mi patria no hallo en parte alguna mas que gente desconocida. Es triste cosa volver á su pais al cabo de una ausencia de veinte años!... en los tiempos que alcanzamos caminan los sucesos con tal rapidez, que tan corto periodo basta para desfigurar los monumentos y las calles; qué hará pues con los hombres!... Los que por dicha no han muerto, apenas se acuerdan de que uno existe; felizmente habia contraido relaciones de comercio con ese don Ignacio, sin lo cual me hubiera visto solo y estrangero en medio de Sevilla... Sevilla, el pueblo donde nací, donde he vivido treinta años, y donde á mi regreso no he tenido el consuelo de estrechar siquiera la mano de un amigo.

Alberto. Ah! lo que estais diciendo...

Plácido. Es bien triste, amigo mio.

Alberto. Para todos los que tienen un corazon, como el vuestro lleno de bondad. Porque yo os conozco, caballero, y aunque vos ignorais mi nombre, y aunque me hallo en este momento en la mas congojosa situacion, y aunque esta es sin duda la última vez que hemos de vernos...

Plácido. Pues cómo?

Alberto. No se dirá que un hombre de bien apreciado en paises estraños por su honradez y laboriosidad, ha vuelto á pisar la tierra donde nació, sin que ninguno de los suyos bendijera su regreso!... Dadme vuestra mano, amigo mio, y sed dichoso en esta patria, que yo infeliz voy á dejar acaso para siempre.

Plácido. Ah! yo la admito de todo corazon.

Alberto. Y ahora, puedo saber lo que teniais que decirme? las cartas que habeis recibido...

Plácido. Me han dado noticias de tal naturaleza, que estoy decidido á llevarme desde hoy á mi sobrina.

Alberto. Qué decis?

Plácido. Despues de haber visto la conducta del hijo, y sabido la del padre, que tambien el hijo conocerá sin duda; (*Movimiento de Alberto.*) sí señor, debe conocerla... no me es posible tomar otro partido. Yo, caballero, no soy de esos hombres de la alta sociedad que desde niños han aprendido á disimular, que llevan la risa en los lábios y el odio en el corazon, y que doblan la cerviz ante el ídolo que desprecian. Mi alma toda entera se pinta

en mis palabras, é imposible me fuera ver otra vez al conde de S. Esteban sin demostrarle vivamente mi indignacion y mi cólera: porque es muy duro, muy terrible lo que tengo que decirle. Si lo tomase con indiferencia no responderia de mí... y si tuviese bastante corazon para sentirlo...

Alberto. (*Con mucha viveza.*) Entonces, caballero...

Plácido. No sé, á fe mia, si tendria valor para decírselo en su cara.

Alberto. En tal caso, qué pensais hacer?

Plácido. Quiero... quiero escribirle. Lo primero de todo es menester llevarme á mi sobrina; luego vendrá el dia de la justicia... (*Se acerca á la mesa y quiere empezar á escribir.*) Pero, ah! mi mano tiembla, mi vista se ofusca... Vos, amigo mio, sedlo ahora haciéndome un favor; escribid por mí.

Alberto. Que yo escriba?...

Plácido. Sí, en mi nombre... copiad lo que yo os dicte para el conde de S. Esteban... quiero manifestarle las razones que me obligan á separar al instante á Malvina de su lado.

Alberto. (*Aparte acercándose á la mesa.*) Ah! todo lo ha sabido!...

Plácido. Con eso me advertireis lo que os parezca.

Alberto. (*Se prepara á escribir con aspecto abatido y resignado.*) Cuando gusteis...

Plácido. (*Dictando.*) «Fernando de Alvarado era hermano mio; trabó amistad con el conde don Leandro de S. Esteban, que fue su ángel malo...

Alberto. (*Interrumpiéndose.*) Caballero!

Plácido. Es indispensable decirlo asi! Proseguid os ruego. (*Dictando.*) «Desde luego se arruinó con él...

Alberto (*Interrumpiéndose.*) Pero!...

Plácido. (*Dictando.*) «Y al cabo de algun tiempo regresando Alvarado á España con 800 pesos en letras...

Alberto. Don Plácido!

Plácido. (*Dictando.*) «Alvarado no volvió á entrar en su casa... fue muerto y robado... por el conde de S. Esteban....

Alberto. (*Levantándose con violencia.*) Eso es falso... eso no puede ser... lo entendeis? y yo no escribo ni escribiré jamas una mentira semejante!...

Plácido. (*Retrocediendo admirado.*) Qué arrebato es ese?

Alberto. (*Con viveza.*) Es que habiendo escuchado una acusacion como la vuestra, ya no me es permitido callar mas tiempo... es que yo debo defender el honor del conde de S. Esteban aunque arriesgue la vida... es que soy su hijo, caballero!

Plácido. Vos?

Alberto. Sí, yo soy el conde de S. Esteban, el único heredero de su nombre y de sus bienes... yo, que soy el esposo de vuestra sobrina!...

Plácido. (*Muy turbado.*) Vos, que un momento há me tendisteis la mano de amigo?... vos, cuyo noble aspecto... pero cómo se esplica?...

Alberto. No sé por qué razon me habiais equivocado con uno de mis amigos; quise desde luego manifestaros la verdad, pero os vi tan irritado contra mi nombre, que dilaté mi esplicacion para un instante mas favorable. Pero la acusacion que habeis hecho me ha obligado á romper el silencio... sí, lo repito, yo soy el esposo de Malvina.

Plácido. Dios mio!

Alberto. (*Con profundo dolor.*) Hasta despues de haber unido mi suerte con la suya, no tuve noticia de aquel desafio... (*D. Placido hace un movimiento de duda.*) sí, de aquel desafio tan funesto... en el cual fue sin duda mi padre mas infeliz que su enemigo!

Plácido. (*Aparte y dirigiéndose un poco hácia el proscenio.*) Es tan profundo su dolor que no tengo aliento para sostener... lo que pudiera demostrar con datos positivos. (*Indicando los papeles que tiene en la mano.*)

Alberto. Ahora, caballero, no me opongo á vuestra voluntad; cuando os parezca podeis llevaros á vuestra sobrina... aun antes que vos viniérais habia pensado ya en una separacion... necesaria!

Plácido. (*Admirado.*) Ah!

Alberto. Es inútil ya ocuparnos de lo pasado... (*Con emocion.*) Malvina será libre, dichosa tal vez... asi lo espero!...

Plácido. Pero Malvina entonces perderia su herencia... el mundo no veria en ella mas que una muger abandonada por su marido, y vuestros bienes...

Alberto. (*Interrumpiéndole.*) Deteneos... lo primero que queriais hacer era llevaros á vuestra sobrina, y ya sabeis que

no puedo menos de consentir en ello... en cuanto á mis bienes, poco mas ó menos importan la suma que segun decis poseia vuestro hermano, y...

Plácido. En estas cartas, y especialmente en una de su muger que me ha desgarrado el corazon... existen pruebas de que Alvarado tenia en su poder esa cantidad... y presentadas á un tribunal servirán...

Alberto. Para deshonrar mi nombre y la memoria de mi padre?... Ah! no me conoceis, por vida mia, cuando habeis creido que permitiré presentar ante los jueces y discutir publicamente el honor de mi familia, del que jamas he tolerado que un momento se dude... Prefiero la pobreza á un escándalo como ese... y luego, de qué me sirven ya las riquezas? Partiré muy lejos de aqui, y antes dejaré prevenido que os entreguen para Malvina todo cuanto poseo; ahora dispensad si me retiro... esta conversacion ha agotado mis fuerzas. (*Vase por la puerta de la izquierda del espectador.*)

ESCENA V.

D. PLÁCIDO, *solo.*

Y las mias tambien!... Será cierto lo que acabo de oir? Con que este es el conde Alberto de S. Esteban?... El padre fue un solemne bribon, no cabe duda; pero voy creyendo, á fe de quien soy, que el hijo tiene de honrado mas todavia que de pícaro tuvo su padre... solo con oirle he estado á punto de olvidar mis proyectos de venganza... juicio, bondad, nobleza de sentimientos y de ideas, todo lo reune... tanto que seria capaz de hacer feliz á mi sobrina... si, por vida mia... Pero y ese proyecto de separacion que tenia formado antes que yo viniese?... es decir que no la ama!...

ESCENA VI.

D. PLÁCIDO. MALVINA.

Malvina. (*Con tono festivo y alegre.*) Querido tio!

Plácido. Ah! sobrina!... á buen tiempo llegas... bien he me-

nester tu vista y la esperanza de tu amistad para recuperarme un poco.

Malvina. Y es cierto!... parece que estais muy conmovido, y acaso por culpa mia? Esta mañana os recibí en un momento de mal humor... como soy todavía algo niña y lloro á veces sin motivo, os habré causado esa tristeza? vamos, yo sabré quitarosla tambien.

Plácido. Qué linda es!

Malvina. (*Muy contenta.*) Habreis pensado que me casé contra mi gusto y que no soy dichosa?... oh! en cuanto á eso bien podeis tranquilizaros, desde el primer dia que conocí á Alberto, le amé con todo mi corazon.

Plácido. (*Con tristeza.*) Ya lo comprendo ahora.

Malvina. Todos le aprecian; sus amigos, sus criados estan prontos á sacrificarse por él y no cesan de alabar su caracter, su bondad... Yo le admiro... ah! y bendigo al cielo que ha unido mi suerte con la suya.

Plácido. (*Aparte.*) Dios mio! quien va á decirla ahora lo que ha sucedido!

Malvina. Con que vaya, no tengais cuidado; vos no conoceis todavia á Alberto, porque le habeis equivocado con otro... Luego que le veais...

Plácido. (*Con tristeza.*) Ya le he visto!...

Malvina. Pues luego que le hableis?...

Plácido. (*Suspirando.*) Tambien le he hablado!

Malvina. Y qué os ha dicho para entristeceros tanto?

Plácido. Malvina, si fuera preciso que te vinieses conmigo; conmigo que tanto he querido á tu padre, y que ya te quiero á tí con toda mi alma?...

Malvina. Os seguiria con gusto; iriamos donde vos... porque ya no debemos separarnos nunca... nuestra casa será vuestra... Alberto y yo seremos vuestros hijos.

Plácido. (*Consigo mismo.*) Vamos, no hay medio de decirselo; imposible!

Malvina. Imposible?... solo una cosa hay imposible y es separarme de Alberto.

Plácido. Y si yo quisiera... si me viese obligado á llevarte lejos de aqui, lejos de él?...

Malvina. Os parece que yo consentiria?

Plácido. O si por una circunstancia imprevista tuviera él que abandonar su patria?...

Malvina. Yo le seguiria.

Plácido. Si fuese desgraciado?
Malvina. Le seguiria en su desgracia.
Plácido. Y si él no te quisiese, pobre Malvina mia?
Malvina. Ah! si él no me quisiese?... Dios eterno! (*Con desconsuelo.*)
Placido. Qué harias?
Malvina. Le seguiria tambien. (*Con gran resignacion.*)
Plácido. Aunque fuera el quien exijiera vuestra separacion?
Malvina. Él?...
Plácido. Si la tuviera pensada hace mucho tiempo... si estuviese decidido á romper este desgraciado enlace?...
Malvina. Pero yo no entiendo esto!
Plácido. Ni yo, á fé mia!
Malvina. En tal caso decidle... no, no le digais nada!... pero dónde está?... quiero verle... quiero hablarle... porque estais equivocado!
Plácido. Si, si; háblale... que te vea... (*Consigo mismo.*) Yo no sé lo que me pasa: sus lágrimas apagan toda mi cólera. (*Dirijiéndose á la puerta de la izquierda.*) El viene!
Malvina. (*Corriendo á la puerta.*) El viene?... Alberto!...

ESCENA VII.

D. PLACIDO. ALBERTO Y MALVINA.

Malvina. Ah! ven!... dile que se engaña, ó á lo menos oiga yo de tu boca mi sentencia.
Alberto. (*Con profunda tristeza.*) Malvina!
Malvina. (*Retrocediendo.*) Qué palidez!... ah! soy perdida!
Plácido. Yo no preveia esto, y... no sé donde estoy!
Alberto. (*Con gravedad.*) Este caballero os lo dirá todo, Malvina... Os hará ver que ya no podiamos vivir mas tiempo bajo un mismo techo... El mismo venia decidido, á separarnos... Yo no hago mas que obedecer á su voluntad y á mi destino!... hubiéramos debido separarnos antes; pero lo confieso, no he tenido valor!
Malvina. Ah!
Alberto. Quiera el cielo volveros otra vez los pacíficos dias que mi funesto amor os ha arrebatado!
Malvina. (*Con desesperacion.*) Y es eso posible?... bien lo sabes, Alberto, tú que conoces todo mi corazon... No, no maldigo mi suerte por infeliz que sea, tú lo

has querido y basta... te lo debia todo y todo me lo quitas... bien, no me quejo: hágase tu gusto, aunque yo muera. (*Cae desfallecida sobre un sillon.*)

Plácido. (*Corriendo á sostenerla.*) Desfallece!

Alberto. Malvina!

Plácido. (*Colocándose entre los dos y rechazando á Alberto.*) Ah! hija mia... siempre han sido inhumanos con tu familia... Mira esta carta, la última que escribió tu pobre madre... oye, oye!... me la dirijia desde su lecho de muerte... y hasta hoy no la he recibido. (*Lee.*) "Os recomiendo á mi hija; cuidadla en nombre de mi querido esposo, de mi Fernando, del único objeto de mi constante amor."

Alberto. (*Como saliendo de un sueño al oir estas palabras.*) Qué oigo?... pero, qué estais leyendo, caballero?

Plácido. La carta de su moribunda madre!

Alberto. (*Muy agitado.*) Y decís?... ah! volved á leer!...

Plácido. (*Admirado.*) Qué agitacion! (*Lee.*) "De mi Fernando, del único objeto de mi constante amor... ah! no sabeis cuanto he llorado por la muerte de vuestro hermano!" (*Interrumpiéndose.*) Es á mí á quien escribe, á mí que la odiaba porque no la conocia bien.

Alberto. (*Con ansiedad.*) Ah! proseguid, os ruego.

Plácido. (*Leyendo.*) "No sabeis cuanto he llorado por la muerte de vuestro hermano! pues todavia me faltaban otras penas, á las cuales no he podido resistir. Para dejar bien puesto el honor del que mató á Alvarado han tenido que inventar una impostura infame... han sacrificado el mio!"

Alberto. Es posible?

Plácido. (*Leyendo.*) "Han supuesto que habia hecho traicion á su esposo, la que muere de sentimiento por haberle perdido!..."

Alberto. (*Consigo mismo.*) Ah! con que no era cierto!

Plácido. (*Leyendo.*) "Tened compasion de la hija de vuestro hermano; no la queda en el mundo mas amparo que vos... Y tú, Fernando mio, perdóname si no puedo vivir para nuestra hija!»

Alberto. (*Tomándole con rapidez la carta.*) Esa carta! esa carta. (*La devora con la vista.*)

Malvina. (*Levantándose.*) Pobre madre mia!

Plácido. ¿Y sabes quién fué el autor del infortunio de tu

madre? Quieres que te diga el modo como se fraguó su deshonra y su miseria?... todas las pruebas estan aqui!

Alberto. (*Con rapidéz.*) Deteneos, caballero, deteneos! ahora ya no debe saber nada de eso!

Plácido. (*Mirándole con sorpresa y dirijiéndose luego á Malvina.*) Animo, hija mia!... no tendrás valor para seguirme y evitar de esa manera tu desgracia?

Alberto. Fuera de sí.) Seguiros?... ahora?...

Plácido. Ya ves que no te ama! ven conmigo, Malvina.

Alberto. (*Corriendo á ella.*) Aqui!... cerca de mí!... (*La abraza.*) Angel mio!... Ah! no sabeis vos cuanto ha sufrido... Yo la he visto resignada al infortunio, á la injusticia sin murmurar una sola queja... salvando la reputacion de una amiga á quien creia su rival... y amándome con delirio, aun cuando me hallaba frio, ingrato; pero vedla, es la belleza que soñamos los hombres... es la virtud que se pinta en la estasiada imaginacion... es un tesoro que me ha concedido el cielo, y del que nunca me separaré... es mi bien, mi gloria, mis solos amores... es mi esposa!

Malvina. (*En sus brazos.*) Alberto mio!

Plácido. Pero... qué significa?

Alberto. (*A media voz.*) Ya lo sabreis todo, caballero.

Plácido. (*Como asaltado por una idea.*) Esperad!... Ahora adivino... esa calumnia... vuestra agitacion... sí, habeis creido... ah!... sois un hombre de bien!... No hay que hablar mas de lo pasado en gracia del porvenir... Sed mi sobrino, y que repare el hijo las faltas de su padre! (*Rasga los papéles que le quedan.*)

Alberto. Ah! señor!

Malvina. (*A Alberto.*) Cruel!... Esta era una prueba, no es verdad?

ESCENA ULTIMA.

D. PLACIDO. LA BARONESA. VILLANUEVA. ALBERTO Y MALVINA.

Baronesa. Sobrino, tu amigo Villanueva se empeña absolutamente en abandonarnos.

Plácido. Calla!... este es el amigo que yo tomé por Alberto. Villanueva!... ah! (*Se dirige á él.*)

Villanueva. (*Aparte.*) Soy perdido!

Plácido. Villanueva!... eso es!... ya pareció el hijo de mi compañero Ca...

Alberto. (*Deteniéndole.*) Silencio; no hay que hablar de lo pasado!... vos lo habeis dicho? que para todos empieze un dichoso porvenir..

Villanueva. (*Dirijiéndose á él.*) Dichoso?

Alberto. (*Bajo á Villanueva.*) Amigo mio, habian calumniado á su madre!

Malvina. (*Con tono de compasion.*) Que lástima que no os hayais casado, tia mia!

Baronesa. Qué quieres, hija!... Vamos, serán felices... Se conoce que mi sobrina ha echado mano de los grandes recursos.

FIN DE LA COMEDIA.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Alicante.....	*Champurán.*
Alcoy.....	*Marti Roig.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Cádiz.....	*Moraleda.*
Córdoba.....	*Berard.*
Coruña.....	*Perez.*
Granada.....	*Sanz.*
Habana.....	*Alegria y Charlain y en la de Ramos.*
Jerez.....	*Bueno.*
Málaga.....	*Viuda de Aguilar.*
Murcia.....	*Benedicto.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Palencia.....	*Pastor.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Santander.....	*Martinez.*
Salamanca.....	*Blanco.*
Toledo.....	*Hernandez.*
Valladolid.....	*Rodriguez.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Valencia.....	*Mallen.*
Zaragoza.....	*Yagüe.*